

9. RASGOS DE LA CULTURA ARGENTINA EN LA DÉCADA DE 1950*

CONTORNO

Noviembre de 1953

N.º 1

LOS MARTINEFERRETTAS: su tiempo y el momento. Juan José Sebech.
LA TRAYECTORIA DE LOS HOMBRES HONESTOS: Ismael Viñas.
EL DESPIDADO: Hector Miguel Anzohi.
WILONGA: David Viñas.
A propósito de LOS DUDOS: Adolfo Prieto.
"LABRORES de RUCCELEAS" o la decepción frente al cine: V. Santomán.

Dirección: Ismael Viñas - Av. Roque Sáenz Peña 651 - T. E. 30-2409 - Dos pesos

“Rasgos” es el vocablo preciso para un título defensivo. Primero, porque el proyecto originario de centrarse en la franja que aquí llamamos “denuncialista” se abrió rápidamente hacia otros discursos sin los cuales los primeros parecían girar en el vacío; pero entonces el campo de los fenómenos analizados se amplió inusitadamente. Luego, porque la selección operada sobre ese *corpus* pudo estar excesivamente librada no sólo a las dudosas virtudes de la propia intuición, sino también de las no menos dudosas ventajas del historiador de las ideas que puede aún recordar un tiempo que coincide con su memoria personal. Del vértigo no sólo teórico que estas circunstancias producen creo que restan algunos testimonios en la escritura de lo que ahora va a leerse, donde se describen una serie de núcleos ideológicos constituidos en la cultura argentina del período 1950-1959, cuyo significado suponemos considerable para la comprensión del carácter que adquirió la cultura política en los años sucesivos.

No se trata por cierto de buscar en aquellos saberes de los años cincuenta un “germen” que desde entonces no habría hecho más que desplegarse hasta florecer o realizarse en acontecimientos posteriores. Semejante

* Este trabajo fue realizado dentro del marco de una beca concedida en 1983 por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

apelación al mito de los orígenes pecaría groseramente contra la evidencia de fenómenos culturales análogos que se produjeron en otras regiones —inclusiva de Latinoamérica— sin haber desembocado empero en coyunturas tan críticas como la argentina. Esta evidencia nos obligó a remitirnos, así fuere lateralmente, a un conjunto de circunstancias que escapan al campo cultural —pero que operan sobre él— y que llegaron a fusionarse con algunos segmentos de este último para generar ciertas modalidades de intervención en la política por parte de los intelectuales y que sólo serían notables en un período posterior al aquí seleccionado. Por otra parte, ubicar como antecedente central de aquella modalidad de intervención a ciertas prácticas culturales de los cincuenta implicaría consumir simultáneamente unos reduccionismos ante los cuales quisiéramos rescatar la inocencia del empirismo y al mismo tiempo negarnos a la asunción de la historia como un destino, para no conceder de paso la razón a quienes supusieron que la emergencia de una cultura crítica en un país como la Argentina estaba tan inescindiblemente atada a efectos de ingobernabilidad que debía ser cuidadosamente reprimida y exorcizada. Más bien, podría suponerse que la cancelación de los espacios democráticos actuó en no pocas circunstancias como una especie de profecía autorrealizada de aquellos sectores que, provenientes del mismo campo intelectual, terminaron también ellos por esencializar lo que no eran sino los rasgos coyunturales de una crisis mucho menos “natural”.

Nos hemos detenido en la cultura de ese período que tematizó problemas nacionales, tratando de privilegiar a aquellos sujetos portadores de símbolos discursivos que por la posición que ocuparon en la red social operaron efectos ideológicos sobre ese mismo campo. Desde esta perspectiva, parece sencillo señalar a uno de los grupos que asumirá una tarea crítica dentro de aquel entramado cultural y que desembocará como uno de los afluentes fundamentales en la cultura de los *sixties*: el que ha venido constituyéndose hacia 1950 desde el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras (CEFYL) de la Universidad Nacional de Buenos Aires, cuyas posiciones entre 1951 y 1959 pueden seguirse a través de las revistas *Centro* y *Contorno*. Dentro de ese decenio, el derro-

camiento del peronismo y la actitud posterior de los sectores liberales hacia el movimiento entonces mayoritario actúan dentro de esta fracción cultural como un nítido parteluz, ya que hasta 1955, si bien las distancias de este grupo con el peronismo son obvias y tajantes, no ocurre lo mismo respecto de la zona liberal de la cultura argentina. Después de todo, *Centro* es expresamente la continuadora de la revista *Verbum*, cuyo último y célebre número 90, aparecido en 1948, incluía en lugares relevantes a colaboradores como Guillermo de Torre y Héctor A. Murena, que a su vez pertenecían al grupo *Sur*. Esta coincidencia se anudaba mediante la común oposición a la política cultural oficial, preponderantemente en manos de los sectores católicos, nacionalistas y tradicionalistas, lo que en el caso de la Universidad de Buenos Aires queda suficientemente testimoniado en la revista editada por dicha institución a lo largo del período, ilustrando aquel pasaje “de la sacristía a las aulas” dentro de una entonación propia del “españolismo franquista”.¹ La implantación de una cultura dirigida desde el Estado, la expulsión de numerosos docentes, su remplazo por profesores en general dudosamente capacitados y la represión policial contra los estudiantes opositores corrían pareja, por lo demás, con la intolerancia hacia las prácticas que pretendían plantear otro tipo de alternativas a la mediocre cultura universitaria oficial.²

En ese primer lustro previo a la caída del peronismo no aparecerá por ende una zona de escisión abrupta entre el proyecto de quienes formarán luego dentro de las filas contestatarias y los representantes del liberalismo cultural tan brillantemente encarnado en *Sur*. Por el contrario, entre ambos espacios existirán incluso puentes tanto temáticos como personales. La figura de Murena es en este último sentido emblemática, ya que garantiza

¹ E. Goldar, “La literatura peronista”, en G. Cárdenas y otros, *El peronismo*, Buenos Aires, Carlos Pérez, 1969, p. 145.

² Un testimonio de la época del modo como uno de esos profesores desplazados caracterizaba ese proceso puede hallarse en el artículo publicado en 1946 por Risieri Frondizi en *Cuadernos Americanos*, de México, recopilados para la *Colección Cuadernos Americanos*, México, Nueva Imagen-CEESTEM. Véase también C. Mangone y J. A. Warley, *Universidad y peronismo (1946-1955)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.

simultáneamente esa comunicación con el grupo dirigido por Victoria Ocampo y la presencia del tema americanista dentro de un tratamiento expresamente marcado por la ensayística de Martínez Estrada³ pero también por la inclusión de cierto registro existencialista.

La reivindicación americanista constituye una línea temática no exenta de curiosidad, ni bien se piensa que es uno de los escasos territorios donde coinciden expresiones provenientes de la cultura peronista, del liberalismo, de la izquierda y también de la franja denunciacionista. En rigor, *Sur* nace signada por la “preocupación americana”, y el protagonismo de Waldo Frank en su emergencia habla a las claras de una zona donde el americanismo podía englobar un amplio registro que, hacia la izquierda, se comunicaba inclusive fluidamente con el socialismo del peruano José Carlos Mariátegui. Y si “coexisten en *Sur* de estos primeros años un americanismo optimista y uno pesimista; un americanismo confiado en la juventud y en la realización de la promesa que estas regiones arrojan hacia el futuro (Ocampo, Frank) y un americanismo preocupado por los obstáculos reales que persisten como marcas históricas del continente”, no es menos cierto que “en ambas flexiones el americanismo no se hace cargo de la desigualdad y la violencia que separan a América Latina de Estados Unidos”.⁴ De allí que el punto central de ruptura entre el americanismo liberal y la izquierda crítica vaya a operarse cuando aquella totalidad geográfica se escinda teóricamente entre un Norte dominador y un subcontinente expoliado a los que la historia, la economía y la cultura no habrían sino desagregado. Entonces será cuando la larga saga del antiperperialismo latinoamericano se reintroduzca en el discurso contestatario, recuperando una presencia antes obnubilada por la política proaliada durante la segunda guerra. En ese momento, ese *élan* antiperperialista forma-

³ Sobre el tema de la “culpa” en Martínez Estrada puede verse el estimulante artículo de Carlos Real de Azúa, “Los males latinoamericanos y su clave. Etapas de una reflexión”, en *Historia visible e historia esotérica; personajes y claves del debate latinoamericano*, Montevideo, Arca/Calicanto, 1975.

⁴ B. Sarlo, “La perspectiva americana de los primeros años de ‘Sur’”, en *Punto de vista*, Buenos Aires, núm. 17, abril-julio de 1983, p. 11.

ba parte de la herencia semiclandestina de los siempre reducidos contingentes troskistas o de ciertos nucleamientos nacionalistas que proseguían la prédica que, iniciada con el cambio del siglo y continuada como efecto de la primera guerra mundial —cuando entroncará con la Reforma Universitaria—, había alcanzado un punto de privilegio en los años treinta. Ya en 1950, además, era claramente agitada por los órganos del Partido Comunista Argentino, que abandonaba la política globalmente aliadófila nacida con la invasión alemana a la Unión Soviética y la remplazaba por una actitud consecuente con el realineamiento producido por la guerra fría y el enfrentamiento bélico en Corea. Este viraje desde el americanismo de Amaro Villanueva en 1946 hasta los artículos violentamente antinorteamericanos que ya se insinúan a partir del año siguiente puede seguirse puntualmente a través de publicaciones como *Expresión* (nueve números entre 1946 y 1947), las cuatro entregas del quincenario *Nueva Gaceta* (octubre y noviembre de 1949) y *Cuadernos de Cultura*, desde agosto de 1950.

Sin embargo, aún en 1953 el encuadramiento dentro del antiperperialismo latinoamericanista no ha sido una opción recurrida por la franja de intelectuales que ya para ese año crearán la revista *Contorno*. Algunos de ellos, que también participaban de *Centro* —como David Viñas, F. J. Solero o Carlos Correas—, iban incluso a colaborar en el único número de *Las ciento y una*, dirigida por Murena y cuyo subtítulo —“Revista de la realidad americana”— prefiguraba toda una proclama. Y en general el murenismo —como lo reconocerá Ismael Viñas años más tarde— cubre los intentos de comprensión de la realidad en esos primeros años de este grupo. Dentro de la inspiración martinezestradista del “intuicionismo ontológico”, el autor de *El pecado original de América* modulaba su americanismo con algunos temas rastreables en el existencialismo sartreano. Pero si en Murena esta última influencia resultaría prontamente bloqueada por su progresiva inclinación hacia un tratamiento teológico de sus temas, no ocurriría lo mismo con otro autor de *Sur* como Juan José Sebrelli, que luego será uno de los puntos de pasaje para *Contorno* y de ruptura con el grupo liberal, y que entonces animó los cinco números de la revista *Existencia*.

Es cierto, por lo demás, que el existencialismo penetraba desde vías diversas en la cultura argentina, tanto que en el Primer Congreso Nacional de Filosofía, celebrado en 1949, le fue dedicado una sesión plenaria con exposiciones de Abbagnano, Hernán Benítez, K. Löwith, Gabriel Marcel y Carlos Astrada.⁵ Este último, que ejercía un cargo destacado dentro de la sección de Filosofía de la facultad porteña, había introducido aquella corriente muy tempranamente en nuestro medio, pero a través de la línea heideggeriana, en tanto que toda la primera etapa de la constitución de un pensamiento contestatario en la Argentina de los cincuenta estará indisolublemente ligada al nombre de Sartre. Y si bien no era ésta una línea por la que *Sur* se mostrara particularmente sensible, lo cierto es que ya en 1939, en los números 54-55, se presentaba al lector argentino la traducción de "El aposento" del entonces escasamente conocido autor de *La náusea*, así como que de allí en más daría cuenta puntualmente de su obra en sucesivas recensiones. En agosto de 1951, por ejemplo, un comentarista de *Sur* extraía correctamente el siguiente programa sartreano: "En síntesis, hay que militar en favor de la libertad de la persona y de la revolución socialista [...] sin que exista la necesidad de optar entre el bloque anglosajón o la URSS".⁶

Pero ya para estos años será Sebreli quien expresará con mayor fidelidad la aplicación del credo sartreano dentro de la publicación dirigida por Victoria Ocampo, extendiéndolo incluso al tratamiento de ciertos temas nacionales, como resulta notorio en "Celeste y colorado", una suerte de lectura de las antinomias históricas argentinas fuertemente encuadrada por la política entendida según la clave de "las manos sucias".⁷ Los prototipos del Hugo-"alma bella" y del Hoederer-"militante realista" del drama sartreano *Les mains sales* alternan

⁵ Véase *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*, Mendoza, 1949, v. I.

⁶ N. Rodríguez Bustamante, "J.-P. Sartre, ¿Qué es la literatura?", Losada, 1950", en *Sur*, Buenos Aires, núm. 202, agosto de 1951, p. 67.

⁷ J. J. Sebreli, "Celeste y colorado", en *Sur*, núm. 217-218, nov.-dic. 1952. Cf. J. J. Sebreli, *El riesgo del pensar*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

en este escrito, claramente inclinado a la moral de un compromiso que no elude hacerse cargo de consecuencias violentas en su eventual proyección práctica: "Toda lucha, toda revolución —escribe Sebreli—, exige indefectiblemente el sacrificio de una generación o de una colectividad [...] La revolución no se hace con palabras elevadas [...]: se hace con suciedad, con sangre, con sudor, con vidas humanas".⁸ Esta temática de "las manos sucias" recorrerá como un hilo rojo una gran porción de la producción cultural argentina de izquierda, condensándose con otras del mismo signo pero provenientes de universos discursivos heteróclitos, como el que desde el ámbito peronista venía a plegarse con una entonación más vernácula a las necesidades de la *Realpolitik*. De uno u otro lado, era la búsqueda de la eficacia lo que orientaba esas proclamas, y en nombre de esa eficacia se impugnaba de hecho o de derecho el terreno de las palabras y de mediaciones políticas institucionalizadas que, aparentemente, dificultaban el acceso a una práctica auténtica y prejudicativa, para decirlo con el lenguaje fenomenológico que nutría el pensamiento sartreano. Por todo ello, la figura del filósofo francés difícilmente podría sobrestimarse en todo el período 1950-1960 dentro de la cultura argentina. No era sin embargo *El ser y la nada* el que oficiaba como organizador de una ideología conectada con las preocupaciones políticas, sino especialmente algunos ensayos como *¿Qué es la literatura?*, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, *Baudelaire* y los escritos polémicos de *Les Temps Modernes*. En el editorial de presentación de esta revista, aparecida en septiembre de 1945, se formula así —dentro de un escrito profundamente "antiburgués"— la concepción de tan vastas resonancias de la literatura "comprometida": "El escritor tiene una situación en su época; cada palabra suya repercute. Y cada silencio también. Considero a Flaubert y Goncourt responsables de la represión que siguió a la Comuna porque no escribieron una sola palabra para impedirlo".⁹ Y en el citado artículo de Sebreli,

⁸ *Ibid.*, p. 75.

⁹ J.-P. Sartre, "Presentación de *Les Temps Modernes*", en *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires, Losada, 4a. ed., 1967, p. 10.

siete años más tarde estas invocaciones siguen expandiéndose ya en nuestro medio: “El hombre es responsable hasta de lo que no hace, todo silencio es una voz, toda prescindencia es elección”.¹⁰

Esta noción del “compromiso” no ocultaba ni que se vinculaba privilegiadamente con “lo social” ni que se ejercía desde la posición misma del escritor, es decir, sin abandonar el campo intelectual del que se formaba parte. La literatura —repetía Sartre una y otra vez— es “una función social”, pero era en tanto intelectuales como esa participación debía tramitarse, aun cuando la ambigüedad y la mala conciencia no estuvieran ausentes de esta elección. En suma, la doctrina del compromiso fue la mediadora para toda una franja de intelectuales críticos entre su adscripción profesional y sus incursiones en el terreno político. La práctica intelectual resultaba así legitimada en su ejercicio específico, pero sólo si devenía una actividad cultural politizada y con una dirección social definida, ya que “la suerte de la literatura está ligada a la de la clase obrera”.¹¹ Es sabido que esta opción no iba a conducir a Sartre a ingresar en el Partido Comunista Francés, pero sí a sostener vínculos difíciles y muchas veces conflictivos con el mismo, aunque en este período que nos ocupa, y desde *Los comunistas y la paz*, se produce un lapso de franco acercamiento, interrumpido luego por la intervención soviética en Hungría en 1956. Mucho más conflictivas debían ser, de todos modos, las relaciones de los intelectuales argentinos denunciadores con aquella vocación que por un lado debía inclinarlos a alinearse con el proletariado pero que por otra parte les revelaba una clase obrera nacional masivamente adherida a esa ideología y práctica peronistas de las que tan alejados, en términos generales, se sentían.

Análogamente, las relaciones de los comunistas argentinos con las posiciones de Sartre estaban fuertemente signadas por aquellos conflictos, como lo denota la publicación de un artículo de Ehrenburg en *Nueva Gaceta* donde el escritor soviético opinaba que “Las

¹⁰ J. J. Sebrel, *op. cit.*, p. 76.

¹¹ J.-P. Sartre, *op. cit.*, p. 211.

manos sucias’ [...] es un panfleto anticomunista y anti-soviético maduramente reflexivo”.¹² Tampoco eran por cierto lineales las vinculaciones entre los intelectuales liberales y los simpatizantes de la causa comunista, ya que si los separaban obvias diferencias ideológicas, la misma oposición al peronismo volvía a conjuntarlos, y la presencia de María Rosa Oliver dentro del comité de redacción de *Sur* simbolizaba bien esa convivencia. Pero eso no implicaba que esta revista dejara de denunciar aquellos hechos que, dentro del mundo comunista, aparecían como flagrantes violaciones de los derechos humanos. Publicaba así en su número 157, de 1951, una serie de testimonios sobre los campos de trabajo forzado en la URSS, tomados en buena medida de los que difundía Rousset —todavía de acuerdo con Sartre— desde Francia.¹³ No obstante, los efectos combinados del zdanovismo stalinista y de la guerra fría no podían sino acrecentar estas distancias, porque si era la época en que Casanova o Kanapa podían caracterizar a Sartre de “hiena dactilógrafa” —apelando a la metaforización zoológica tan en boga en ese período del comunismo internacional—, a principios de 1953 *Sur* protestaba contra acusaciones de tenor análogo de Neruda, quien en un reciente reportaje veía en los premios a “novelistas como Faulkner, llenos de perversidad, o poetas como Eliot, falso místico reaccionario”, una prueba más de la agonía de la sociedad burguesa, sin excluir de ella “al ideólogo nazi Heidegger, o al destructivo Sartre”.¹⁴ Estas consideraciones, que la revista liberal consideraba viciadas “por la triste ortodoxia del partido”, ilustran bien una de las zonas donde la convivencia con los comunistas resultaba francamente dificultada.

Tampoco podían ser fáciles las relaciones de esos mismos comunistas con los intelectuales nucleados en *Contorno*, como surge claramente en el número 2 de esta

¹² I. Ehrenburg, “Sartre habla de ‘Las manos sucias’: pero ¿cómo están las del autor?”, en *Nueva Gaceta*, Buenos Aires, núm. 1, 6 de octubre de 1949, p. 5.

¹³ Véase igualmente en el número de mayo-junio de 1952 la nota de C. Miłosz denunciando el régimen represivo de la Polonia de la que había huido, en *Sur*, núm. 211-212, pp. 1-24.

¹⁴ En *Sur*, núm. 221-222, marzo-abril de 1953, p. 121.

publicación a través de un artículo posiblemente firmado con pseudónimo por Ismael Viñas. Según este juicio, el propio Roberto Arlt, "auténtico revolucionario, hubiera renegado de todo ese espíritu sumiso, de pelotón, que condiciona la acción comunista".¹⁵ Contra ese temperamento "eminente burgués, pacífico en su sentido más lato", se levanta la contrafigura del "espíritu individualista" de Arlt —con el cual no es difícil suponer la identificación del autor de la nota—, que "no hubiera soportado jamás [...] el concepto colectivista que condiciona la acción y el pensamiento del P.C."¹⁶ Sería imposible comprender el espíritu de estas aseveraciones sin recurrir al particular concepto de "lo burgués" en el sistema sartreano, identificado con un conformismo originado en la "mala fe", es decir, en la renuncia a la asunción de la propia e inevitable libertad. De esa manera marcaba sus diferencias con los comunistas un representante de esa franja contestataria, y al hacerlo se distinguía igualmente del marxismo, que estos últimos y los troskistas encarnaban con exclusividad en esa etapa en la Argentina. Dicha franja practicará posteriormente un acercamiento a las concepciones marxistas, pero no debe perderse de vista que esa aproximación se efectivizará siguiendo las huellas del pensamiento y del propio itinerario sartreanos. Cuando ese movimiento se consume, podrá afirmarse que existió en la Argentina un conjunto de intelectuales que desembocaron en el marxismo a partir de la adhesión al existencialismo.

Pero si no eran por ende las posiciones respecto de los comunistas o inclusive de la Unión Soviética las que podrían haber detonado el principio de escisión del núcleo contestatario para conducirlo de allí en más a enfrentarse al contenido de *Sur* y fracturar de tal modo el campo cultural argentino aún unificado en torno del antiperonismo, los motivos ideológicos de diferenciación en esos años previos al derrocamiento de Perón deben ser buscados en la conexión de la teoría del compromiso con lo político y en el tratamiento de la "cuestión ameri-

¹⁵ J. J. Gorini, "Arlt y los comunistas", en *Contorno*, Buenos Aires, núm. 2, mayo 1954, p. 8.

¹⁶ *Ibid.*

cana" con categorías que, al apelar a la historia y a variables sociales, abren un espacio teórico para la emergencia del objeto latinoamericano. Esta separación será lenta y sinuosa, tan imperceptible en principio que se producirá en parte desde el interior de *Sur*, para expandirse en *Centro* y más definidamente en *Contorno*. Pero aún en septiembre de 1951 un representante luego tan arquetípico de ese sector contestatario como David Viñas no parece excesivamente inclinado a la enunciación de los temas antimperialistas a los que bien podría haberse prestado la encuesta que la revista de Victoria Ocampo le presentara.¹⁷

La disconformidad constituía más bien un específico "malestar en la cultura", propio de una generación nacida durante los críticos años del '30 y que ahora debía confrontarse con los agrios frutos de la cultura peronista. En un pasaje notable en cuanto autopercepción de una situación y de un proyecto grupal, Adelaida Gigli enunciaba en 1953 y desde *Centro* que "esta crisis tan prolongada se está transformando en estado normal y efectivo". "Estamos sin pasado —proseguía—, no podemos asir el futuro. Estamos como hace quince años, como siempre, pero somos una generación denunciada".¹⁸ Los motivos más inmediatos de aquel malestar eran fácilmente ubicables en "el clima de relajamiento general, causa y efecto de las circunstancias actuales, [que] se hace sentir con agudeza cada vez mayor en la Universidad. Sabemos que la enseñanza es deficiente; a menudo, la cátedra, ya por incapacidad ética o intelectual de quienes están a su cargo, ya por la misma atmósfera negativa para el libre intercambio de ideas,

¹⁷ Cfr. la respuesta de David Viñas a la encuesta sobre "Norteamérica, la hermosa", de Mary McCarthy, en *Sur*, núm. 203, sept. 1951.

¹⁸ A. Gigli, "Lo mismo de siempre", en *Centro*, núm. 6, sept. 1953, p. 16. Murena había enunciado los motivos de un análogo malestar: "Debo agregar que la posibilidad de esas experiencias se presentó para mí y los de mi edad en los últimos años de la década del 30 y en los primeros de la del 40, cuando —aunque nosotros no lo supiéramos conscientemente entonces— la mano del poder conservador había terminado por sumir al país en el letargo en el que se estaba incubando la volcánica crisis posterior" (H. A. Murena, *El pecado original de América*, Buenos Aires, *Sur*, 1954, p. 113).

para la investigación por equipos o la cooperación amical en los trabajos, no cumple su cometido cultural con la altura y profundidad necesarias".¹⁹

Existía indudablemente un clima general que revelaba un horizonte homogéneo con otras zonas de la cultura occidental, clima fuertemente motorizado por los efectos de la segunda posguerra y de la guerra fría. Ya que si esta guerra mundial —como escribió R. Polenberg— alteró radicalmente el carácter de la sociedad norteamericana y puso en tela de juicio sus valores más permanentes, el enfrentamiento entre los sistemas capitalista y comunista reflató en esta sociedad signos evidentes de intolerancia y conservadorismo cuya expresión extrema ilustró de una vez y para siempre la ruidosa y fugaz carrera de Joseph Mc Carthy. Dentro de un ambiente cultural donde el temor alentó la mediocridad, no faltaron por cierto los escasos disconformes con el conformismo que, en el interior de una economía de creciente confort, cuestionaron el lado perverso de la opulencia americana, y la *beat generation* concentró ese espíritu dentro de una mancha contestataria más amplia pero de la cual configuró su núcleo más duro. Más difícil era pronunciarse sobre los motivos profundos de lo que fue vivido por tantos intelectuales como un drama argentino, y en cuya búsqueda errática el encuentro con la descarnada visión de Martínez Estrada sobre el país cristalizó un primer momento de la denuncia en torno de ciertos temas y de algunos enfoques. El número de *Contorno* dedicado a Martínez Estrada será por ello de considerable importancia, dado que se intenta una suerte de arreglo de cuentas con aquel representante de la "generación de 1925" que más nítidamente ha influido sobre el grupo. Y no sólo es Solero el que afirma que *Radiografía de la pampa* marca "un antes y un después" en la cultura argentina, sino que David Viñas lo rescata igualmente como uno de los que "asumieron la dramática ocupación de ejercer la denuncia".²⁰ Y ciertamente había sido Martínez Estrada quien, rompiendo con el ensayo complaciente, mediante su

¹⁹ *Centro*, Buenos Aires, núm. 5, mayo 1953, p. 58.

²⁰ *Contorno*, núm. 4, dic. 1954, pp. 10 y 15.

visión descarnada y pesimista de la realidad nacional había fracturado cierta tendencia a la descripción edulcorada de una Argentina que ya nadie reconocía como tierra esperanzada a partir de la crisis de 1930. De allí que si David Viñas podía lamentar en mayo de 1953 que el privilegiamiento de lo particular constituyera una limitación para el despliegue de la interpretación martinezestradista, celebraba de todos modos el hecho de que "acierta con el método que corresponde a la desarticulada realidad argentina".²¹ Era lo que entreveían como un "criticismo realista" (dos connotaciones que serán retomadas por los sesentistas para definir más adelante sus propias pretensiones) lo que tornaba alentadora la "viril compañía de Martínez Estrada, tan estimulante" como depresiva era la influencia de un Lugones...

Habría que esperar un tiempo más para que algunos de los integrantes de este grupo se encaren con el propio Martínez Estrada para relatar lo que considerarán su "rebelión inútil". Pero mientras tanto esos enfoques, extendidos al tratamiento de la entera condición americana, eran los que Murena venía escriturando con la mayor eficacia desde "El pecado original de América", publicado primeramente en *Verbum* en 1948 y recopilado junto con otros ensayos en 1954 con el mismo título general. La vocación por el tratamiento de la cuestión americana está por lo demás nítidamente documentada en *Centro*, donde artículos de Eduardo Jorge Bosco, de Ana Gutman o de Ismael Viñas la van registrando, no menos que las convocatorias a concurso sobre el pensamiento hispanoamericano o de seminarios acerca de la filosofía americana anunciados en sus páginas. Las matrices murenianas aún son perceptibles en una nota de Sebrelí de 1953,²² pero contemporáneamente David Viñas invierte, en una breve nota publicada en el espacio aparentemente paradójico de *Sur*, las consecuencias de la ausencia de "paternidad" e incluso de his-

²¹ *Centro*, núm. 5, mayo 1953, p. 15.

²² "Un país, un continente entero experimenta un sentimiento de desigualdad e inferioridad frente al ser pleno de la civilización europea", en J. J. Sebrelí, "El escritor argentino y su público", *Centro*, núm. 7, dic. 1953, p. 26.

toría que padecería América, para deducir sartreanamente que, lejos de inducir un complejo de inferioridad, “esa falta permite actuar con absoluto libre albedrío”. Y si América aún aparece como una unidad donde la dominación de una de sus partes no se halla presente, la poesía de Solero es allí mismo valorada positivamente en tanto se halla vinculada a su “contorno” (esa palabra para decir “situación”) por ser ese autor “de los que buscan su salvación sin temor a las manos sucias de un barro próximo”.²³ Un nuevo paso en la ruptura teórica con el murenismo será dado poco después por Sebrelí e igualmente desde la revista dirigida por Victoria Ocampo. Murena opinaba que las causas económicas deben ser desechadas para explicar aquella expulsión y el sentimiento que como “pecado” genera, dado que, al igual que “cualquier otro elemento de orden sociológico”, no bastan para comprender el estado espiritual de América, y, más categóricamente, que el predominio de lo económico “no es una causa de la situación pecaminosa sino un atributo de ésta”. Al comentar la obra de Rodolfo Kusch, quien junto con Solero conformaba la línea que dentro de *Contorno* avanzaba sobre los pasos de Murena,²⁴ Sebrelí cuestionaría la tendencia a “persistir en el viejo error de querer explicar un hecho social y cultural por la peculiar configuración geológico-geográfica de América”.²⁵ Significativamente, la misma revista *Sur* había incluido en 1951 un artículo donde Julien Benda denunciaba al nuevo ídolo de “lo Social” como componiendo “por antonomasia la tesis de los marxistas”,²⁶ y desde *Cuadernos de cultura*, de marzo de 1955, Héctor P. Agosti protestará, en una línea opuesta, contra “una ontología ignorante de las condiciones reales en que se mueve el ser histórico” y contra “la endebles de esta explicación teológico-psicológica” que en definitiva oculta “la función dominante del imperialismo nortea-

²³ David Viñas, “F. J. Solero: el dolor y el sueño”, en *Sur*, núm. 224, sept.-oct. 1953, pp. 157 y 158.

²⁴ Véase el prólogo de C. Mangone y J. Warley a la selección de *Contorno*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981, p. III.

²⁵ En *Sur*, núm. 228, mayo-junio 1954, p. 115.

²⁶ *Sur*, núm. 203, sept. 1951, p. 21.

americano en la vida de nuestro continente”. Más matizadamente, Sebrelí se valía de un eficaz manejo de las notables *Reflexiones sobre la cuestión judía* de Sartre, especialmente en las reivindicaciones de la otredad y de su específica ubicación. Ya que si “todo ser humano está singular, concretamente situado”, es igualmente necesario ubicar el dato geográfico en “todo un contexto social, económico, psicológico y ontológico”, al par que invocar a la historicidad como perspectiva ineludible para definir las posibilidades de América. En otro ámbito, mientras son los mismos Kusch y Solero los que mantienen vivo el murenismo dentro de *Contorno*,²⁷ en sus páginas esta tendencia es cuestionada abiertamente en la nota de Carlos Correas “H. A. Murena y la vida pecaminosa”, de su segunda entrega. Desde *Centro*, más cáustico será Rozitchner al criticar la obra teatral *El juez*, de Murena: “La moral que subtiende el autor a través de la obra [...] nos sume, pese a su pretendida originalidad americana, en una de las estériles morales tradicionales”.²⁸ La pieza de Murena —concluye— “tiene para nosotros caracteres francamente regresivos”.

¿Qué podía ser, en suma, lo que la franja contestataria cuestionara de los enfoques liberales antes de la caída del peronismo? El último número de *Contorno* de este período aparece justamente en septiembre de 1955, y el artículo con que Rozitchner inaugura su participación en la publicación marca un distanciamiento crítico considerable respecto de Mallea, es decir, de una de las figuras señeras de la constelación de intelectuales liberales. Especialmente, se impugna en el autor de *Historia de una pasión argentina* la ausencia de “una apertura sobre lo prohibido, por la irreverencia ante el poder actual, por la infracción”, dentro de las connotaciones que el articulista reclama como patrimonio definitorio del intelectual crítico.²⁹

Luego de esta entrega, *Contorno* publicará dos nú-

²⁷ Véase por ejemplo R. Kusch, “Inteligencia y barbarie”, en *Contorno*, núm. 3, sept. 1954.

²⁸ *Centro*, núm. 8, julio 1954, p. 18, de L. Rozitchner, “A propósito de *El juez*, de H. A. Murena”.

²⁹ Cfr. *Contorno*, núm. 5-6, sept. 1955, p. 30.

meros más, pero ya en 1956 y 1959 respectivamente, dedicados entonces sí a temas directamente políticos. No caben dudas de que esta intervención se tejerá en buena medida con categorías nacidas en el primer lustro de los años cincuenta, pero junto con esa presencia innegable sería preciso reconocer el carácter de búsqueda ardua, muchas veces a tientas, de la publicación con respecto a su ubicación ante el campo intelectual liberal. En rigor, difícilmente podía ser de otro modo. El número de julio de 1955 de *Centro* proclamaba con orgullo, en un momento en que crecía como una marea incontenible el golpe cívico-militar de dos meses después: “Y llenamos las cárceles. Los últimos meses, particularmente, nos han permitido aclarar el alcance de las fórmulas y el precio del compromiso”.³⁰ ¿No se trataba acaso de expresiones cuyo fondo era indiscernible del que trasuntarían las célebres notas de Victoria Ocampo en el no menos célebre número 237 de *Sur* al relatar su encarcelamiento en el Buen Pastor? Y es que, dentro de un clima que retroalimentaba las oposiciones entre el “partido” de la justicia social y el de la libertad, los universitarios modernizantes difícilmente podían eludir de hecho hallarse incluidos dentro del universo político del liberalismo.

Cuando los enfrentamientos se agudizaban también en 1953, ya estos adherentes de la FUBA se planteaban que “esta situación no puede cambiarla un Centro de Estudiantes: son necesarias condiciones distintas que posibiliten la Reforma de la Universidad”.³¹ ¿Qué otras condiciones podían entonces demandarse que no fueran las de una radical modificación de las reglas políticas, especialmente en una edición que aparecía al mes siguiente de aquel 15 de abril de 1953 en que grupos de peronistas exaltados y alentados por el propio presidente de la República habían incendiado —como respuesta a un atentado criminal en Plaza de Mayo— la sede del Partido Socialista, la Casa Radical, el Jockey Club y otros locales partidarios, en uno de los dos grandes estallidos de violencia neroniana —el otro sería el incendio de tem-

³⁰ *Centro*, núm. 9, julio 1955, p. 6.

³¹ *Centro*, núm 5, mayo de 1953, p. 58.

plos católicos el 16 de junio de 1955— del gobierno peronista? No en balde en el número siguiente de *Centro* se transcriben las recomendaciones de la delegación de Ingeniería en una reunión de la FUBA donde se alienta la politización de los organismos estudiantiles y la necesidad de “tomar posición y actuar públicamente cuando se presentan circunstancias graves de tipo político”.³² Y si es cierto que no se encuentran en estas expresiones no sólo ese gesto espantado ante “lo otro” que el exabrupto de un legislador radical tornaría a localizar en las zonas de lo zoológico, sino tampoco la impresión de “casa tomada” o de auténtico “bestiario” que Cortázar detectaba en 1951 en su descripción del baile popular en “Las puertas del cielo”,³³ no es menos cierto que el sector intelectual al que nos venimos refiriendo no aparece menos bloqueado que el resto de las clases medias argentinas para poder apreciar el significado que podía tener en el país “la participación social y económica de amplias mayorías argentinas en un sistema hasta entonces indiferente o represivo”.³⁴

Por el contrario, esta trágica escisión no cesaría de acrecentarse, y mal podría reprochárseles a los partidarios de FUBA impugnar la nueva ley universitaria que cancelaba autonomías básicas de la universidad reformista sustituyéndolas por una injerencia directa del poder ejecutivo en la designación de los rectores de esas casas de estudio. Convencidos de que “la libertad [...] es la condición previa y posibilitadora de la Universidad”,³⁵ eran estas convicciones y prácticas opuestas al gobierno peronista las que por cierto configuraban un espacio donde el encuentro con los liberales era ineludible. La inevitabilidad de esta compañía no iba a desplegarse, empero, sin alertas ni desconfianzas.

Los encuentros abundan: en el mismo número de *Centro* en que se informa haber emprendido la tarea

³² *Centro*, núm. 6, sept. 1953, p. 51.

³³ Véase J. Cortázar, *Bestiario*, Buenos Aires, Sudamericana, 7a. ed., 1968, pp. 129-130.

³⁴ A. Ciria, *Política y cultura popular: la Argentina peronista. 1946-1955*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983, p. 11.

³⁵ *Centro*, núm. 8, julio 1954, p. 48.

de reunir “los libros del Centro dispersos cuando se debió abandonar el local de la Facultad”, el CEFYL da cuenta de la presentación de una conferencia —impedida por la policía— que debió haber sido desarrollada por Carlos Alberto Erro sobre el tema “Moreno, Echeverría y el pensamiento de Mayo”.³⁶ Profesores expulsados de la universidad como José Luis Romero o Vicente Fatone podían asimismo ser parte de los jurados elegidos por la revista para sus concursos; otros, como Francisco Romero, Risieri Frondizi o Sánchez Reulet, figuraban entre los ejemplos de intelectuales realmente probos; la revista *Imago Mundi* era levantada como “un símbolo inverso de la atonía e incapacidad para la vida intelectual a que han llegado nuestras llamadas Facultades de Humanidades”, y el diario *La Nación* era criticado bajo la aclaración de ser un “periódico en algunos otros aspectos respetable”.³⁷

Sin embargo, al confrontarse con algunas figuras del campo liberal de la cultura, los distanciamientos pueden resultar erráticos pero son incuestionables. Eduardo Mallea es uno de esos connotados representantes que concentra en principio los ataques más nítidos. Tempranamente, David Viñas lo ubica como miembro de esa generación de 1925 “que en su mayoría se debate en una introspección tan aguda como pasiva; estado de alerta que la separó definitivamente de todo lo que no fuera ejercicio discursivo o faena estrictamente estética”.³⁸ Notoriamente, aún en mayo de 1953, dentro de aquel grupo que “en sus comienzos se nucleó en torno de Martín Fierro” aparece el nombre de Roberto Arlt —que luego será categorizado como un parteluz dentro de la cultura nacional— junto con los de Borges, Mallea, Martínez Estrada, Marechal, Francisco y José Luis Romero, Verbitzky y Yunque. Poco después, Ismael Viñas retornaba sin embargo a una valoración más matizada de Mallea, hasta el punto de considerar que

³⁶ *Centro*, núm. 3, pp. 53 y 54.

³⁷ *Centro*, núm. 7, dic. 1953, p. 52, y *Centro*, núm. 6, sept. 1953, V. Sanromán, “A propósito de la aventura intelectual del siglo XX”, p. 33.

³⁸ *Centro*, mayo 1953, núm. 5, p. 21.

Historia de una pasión argentina será probablemente una de las pocas obras de perdurabilidad.³⁹ Pero también en ese artículo, publicado apenas dos meses antes de la aparición de *Contorno* y por uno de quienes serán sus principales animadores, el distanciamiento respecto de Mallea está ya claramente enunciado en torno de un movimiento discursivo que denuncia tras el aristocratismo del espíritu los privilegios de la materialidad. Porque, “en la práctica, las flores son aristocráticas cuando son costosas, y las personas cuando tienen sólida fortuna y dos o tres generaciones que no hayan trabajado, detrás”. Surgía así un discurso antiespiritualista, básicamente “corporalista”, que reclamaba sartreanamente la necesidad de asumir la fealdad y el dolor del mundo.⁴⁰ Por lo mismo, para Adelaida Gigli el reclamo de Mallea no desborda el terreno de la pura ficción, sin alcanzar la ansiada autenticidad, posiblemente porque “el problema de la cultura nacional, americana, no se soluciona con el recibo mensual de publicaciones francesas”.⁴¹ Al inaugurar sus colaboraciones con *Centro*, Oscar Abelardo Masotta, por su parte, reconoce que son los escritos de Martínez Estrada los que han salvado el género ensayístico en los últimos años, al par que lamenta el hecho de que los viejos escritores “quieren olvidar lo principal: que escribir es impugnar”.⁴² También Adolfo Prieto antepondrá el ejemplo positivo del autor de *Radiografía de la pampa* a la retórica y gratuidad que percibe en la ensayística de Borges, caracterizada por la inutilidad y la prescindencia.⁴³

Nacía así esa franja “denuncialista” decidida a asimilar el “contorno” para no vivir “como un organismo de invernadero”.⁴⁴ Y si en ese mismo número Sebrelli volvía a insistir en que, “pese a lo que puedan alegar los

³⁹ *Centro*, núm. 6, sept. 1953, cf. I. Viñas, “Eduardo Mallea”, p. 7.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ A. Gigli, “Lo mismo de siempre”, en *Centro*, núm. 6, p. 16.

⁴² *Centro*, núm. 6, sept. 1953, p. 40.

⁴³ A. Prieto, “Borges, el ensayo crítico”, en *Centro*, núm. 7, dic. 1953.

⁴⁴ *Centro*, núm. 7, dic. 1953, p. 2.

teóricos del arte gratuito, la literatura es una función social”, no dejaba de fusionar esta pretensión de compromiso con la asunción de una situación nacionalmente connotada, ya que “a alguien de afuera no se le podría explicar de ninguna manera la angustia que nos domina”.⁴⁵ Para esa angustia, para ese malestar, el existencialismo sartreano ofrecía no sólo un clima de ideas propicio, sino asimismo aquella incitación a hacerse cargo de la propia situación con una amplitud que bien podía albergar una fuerte tendencia hacia la “socialización” y “nacionalización” de todas esas preocupaciones. En la Argentina de 1955, para la franja contestataria iba a significar crearse un espacio propio entre el liberalismo de sus “padres” y el peronismo de sus mandantes. Pero mientras el corte con este último era un dato de “la realidad”, para el distanciamiento radical con el primero se necesitó la desaparición del peronismo del Estado. Mas si ese “principio de escisión” que definirá el acta de nacimiento de la generación contestataria sólo se consumará luego de la caída del peronismo, la prontitud con que la ruptura se opera habla a las claras de un mecanismo de distanciamiento que se ha ido montando lenta y casi subterráneamente en los años previos. Por eso, ya el primer número de *Centro* de la época posperonista nada hace por ocultar un desengaño respecto del ámbito liberal que no cesará de crecer. Ya que si bien esa entrega incluye un alud de adhesiones provenientes del antiperonismo de aquel signo —Anderson Imbert, Borges, Ricardo Rojas, entre muchos otros—, su contenido no había sino de una decepción que así se confiesa: “Quisimos hacer un número de revisionismo comprometido y no lo conseguimos”.⁴⁶ A partir de la autoproclamada Revolución Libertadora, crecerá la convicción de que el compromiso y el revisionismo crítico de una franja contestataria en la Argentina sólo podían resultar concebibles en los extramuros del liberalismo argentino. ¿Podría reprochárseles que hayan extraído luego la dudosa con-

⁴⁵ J. J. Sebrelí, “El escritor argentino y su público”, en *Centro*, núm. 7, dic. 1953, p. 27.

⁴⁶ *Centro*, núm. 10, nov. 1955, p. 7.

clusión de que debía practicarse en los extramuros del liberalismo *sans phrase*?

Sea como fuere, la recomposición que operó el golpe cívico-militar de septiembre de 1955 sobre la escena política acarreó efectos culturales profundos, especialmente sobre el desarrollo de aquella intelectualidad crítica que se autocaracterizaba como “denuncialista”. En principio, la desaparición del peronismo del Estado implicó una crisis de identidad de este sector, ya que al haberse definido hasta entonces en oposición a ese movimiento político y sus expresiones culturales en las instituciones, había encontrado en esa negación la fuente de un reconocimiento y al mismo tiempo una esfera de alianzas objetivas dentro de las cuales —como vimos— el encuentro con la élite liberal había resultado tan inevitable como ambiguo. Pero ahora, si sospechosos por sus componentes nacional-católicos habían sido los casi dos meses del primer gabinete de la llamada revolución libertadora, no menos dudoso e inquietante debía resultarles el despliegue de antiperonismo radical del ala liberal que desde noviembre de 1955 reemplazó en el gobierno al elenco anterior. Esta cruzada dispuesta a sellar a cal y canto las fuentes de la producción simbólica peronista chocó inmediatamente con la inesperada persistencia de esa adhesión en la sociedad, desmintiendo la hipótesis ingenua de su carácter artificial y por ende pronto a ser desmontado junto con la demagogia que lo habría caracterizado. Semejante satanización del peronismo hasta convertirlo efectivamente en un “hecho maldito” y la terquedad de esa identificación entre las clases populares restaron legitimidad a la gestión de la Revolución Libertadora ante los ojos de la intelectualidad crítica, y conectaron esta evidencia con la pronta descalificación del liberalismo que aquélla decía sustentar. Y si no era novedad que esta crítica se hallara en la llamada izquierda nacional (que a través de Jorge Abelardo Ramos ya en 1949 hablaba en *América Latina: un país* del “estupefaciente del liberalismo”, reclutando la sólo en apariencia sorprendente adhesión de Manuel Gálvez),⁴⁷ sí lo

⁴⁷ “Creo que no se ha escrito en el país, hasta la fecha, una interpretación más notable que la suya de nuestra historia [...] Lo más asombroso para mí es que partiendo usted del marxismo or-

sería que ya en el número de *Contorno* de 1956 esta corriente del pensamiento político clásico fuera identificada sin más con “la ideología de las clases dirigentes”. Por ello se ha dicho anteriormente que la continuidad de una cultura inconformista en estos años tiene más de una clave depositada en la presencia del peronismo como una suerte de horizonte político irrebable y al mismo tiempo irresoluble. Años después, Ismael Viñas expresará una parte de esta conclusión al decir que el peronismo “puso al descubierto para quien quisiera verlo la relatividad del ordenamiento en el que vivíamos día por día, su carácter fundamentalmente hipócrita, es decir, convencional”.

En “esos años revueltos y llenos de cosas”,⁴⁸ el anti-liberalismo se fue constituyendo en una categoría político-cultural corriente que sirvió de punto de contacto entre vertientes por otra parte tan disímiles como la que desde el existencialismo se aproximaba al marxismo, por una parte, y las inspiradas en el nacional-catolicismo y el nacional-populismo, por la otra; constituyó asimismo uno de los dispositivos teóricos mediante los cuales algunos sectores de la izquierda intelectual organizaron su visión de la realidad nacional y, dentro de ella, la percepción de sí mismos. En realidad, para muchos de ellos se trataba de un ajuste de cuentas postergado por la unidad forjada como efecto de rebote por la pasada oposición al régimen peronista. Sólo así resulta explicable la celeridad de la reacción testimoniada en el número de *Centro* inmediatamente posterior a las jornadas de septiembre de 1955, cuyo editorial —recordemos— se cerraba con las desencantadas palabras motivadas por la imposibilidad de producir “un número de revisionismo comprometido” que se avenía mal con la participación, allí mismo, de connotados intelectuales del campo liberal. Al desprestigio de este último contribuirá no sólo la pasión con

todo yo y yo de un punto opuesto, coincidimos en tantas cosas” (carta de Manuel Gálvez a J. A. Ramos, cit. en N. Galasso, *La Izquierda Nacional y el FIP*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, p. 69) y *Contorno*, Buenos Aires, núm. 7/8, julio 1956, artículo de R. Alcalde, p. 57).

⁴⁸ T. Halperin Donghi, Postfacio a J. L. Romero, *Las ideologías de la cultura nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, pp. 195/196.

que sus adversarios extraían algunas conclusiones teóricas, sino también esa concreta gestión de gobierno que se autoidentificaba con los valores de una democracia que por entonces va a ser cada vez más descalificada como “formal”. Cuando el rector interventor de la Universidad de Buenos Aires Alejandro Ceballos se enorgullecía de que “yo no soy un rector que venga elegido por el claustro o por los Consejos Universitarios; yo soy un interventor nombrado por el gobierno de la Revolución Libertadora, ¡nada menos que por el gobierno de la Revolución Libertadora!”⁴⁹ en realidad avalaba la reducción del liberalismo doctrinario a ese “liberalismo realmente existente” conformado por “fanáticos del mercado y obsesionados por suprimir todo lo que consideraban el legado político y cultural del peronismo [e] intolerante frente a todas las formas de disidencia y crítica ideológicas”.⁵⁰

Quienes más presurosamente retroalimentaron esa imagen fueron los ocupantes intelectuales del súbita y críticamente consolidado espacio nacional-populista. Hernández Arregui y Jauretche protagonizaron en este terreno las incursiones de mayor eficacia. El primero de ellos identificó democracia con liberalismo y a éste con la faz filosófica del capitalismo, con lo cual se cancelaba las posibilidades de problematizar un ordenamiento democrático al declararlo absolutamente subsidiario de una interpretación omnímodamente clasista. Al antiliberalismo del tradicionalismo católico y de inspiración fascista, el nacional-populismo le sumaba el tema de la “democracia material”, que en sus extremos pudo conectarse con una justificación invertida pero no menos autoritaria que la que se cuestionaba.⁵¹

Dentro de la franja denunciante, también el enjuiciamiento del liberalismo estuvo enmarcado en la reconsideración del fenómeno peronista. Al confrontarse el

⁴⁹ *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, quinta época, núm. 2, abril-junio 1956, p. 169.

⁵⁰ C. Altamirano, “Laicismo”, en *Punto de vista*, Buenos Aires, núm. 22, diciembre 1984.

⁵¹ J. J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura (La política en la inteligencia argentina)*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, p. 258.

partido de la libertad con el de la justicia social en el imaginario político, podía sospecharse que esa democracia, mera estratagema oligárquica, “sólo es compatible con el ejercicio real del poder por quienes ya lo poseen en lo económico. Es, por lo tanto, una ficción y una concesión formal” que “se convierte en fascismo o revolución libertadora”.⁵² Si la peor de las cárceles es la de un salario insuficiente, por eso mismo Perón no habría hablado al pueblo de libertades, ya que “la libertad la necesita la burguesía para seguir ejerciendo su tiranía”.⁵³ A esas dos libertades les correspondían dos universos comunicados, y esta incomunicación impedía por el momento pensar esa sociedad como una totalidad dentro de la cual el conflicto se dirimiera al procesarse. “Un parlamento acallado, una justicia suprimida, un estudiante torturado, un médico desaparecido y una universidad destruida hasta los cimientos”: he aquí una síntesis que se hacía del lado oscuro del gobierno peronista, pero para concluir que esas anomalías “no podían llegar hasta la clase obrera cuando ésta se sentía, al fin, parte de la República y dueña de su destino”.⁵⁴

Para los integrantes de *Contorno*, en el fondo se trataba de explicitar las razones del trágico juego de espejos que los había conducido a oponerse a un régimen que, a pesar de todo, se les iba revelando menos cuestionable a partir de las prácticas de la Revolución Libertadora. Este cuadro reflejaba bien la pérdida de hegemonía de una dirección intelectual en la Argentina y de los valores mismos de que era portadora, pero no dejaba de vincularse con variables culturales de lo que era percibido como una crisis civilizatoria en todo el ámbito occidental. La apertura cultural posperonista posibilitó precisamente la irrupción de ese clima intelectual en donde las consecuencias de la segunda posguerra mostraban la crisis de un sistema de valores rápidamente identificados con la recurrentemente desprestigiada figura de “lo burgués”. Renacía de tal modo una categoría despectiva

⁵² *Contorno*, Buenos Aires, núm. 9/10, abril 1959, artículo de L. Rozitchner, p. 4.

⁵³ *Contorno*, núm. 7/8, art. de L. Rozitchner, p. 3.

⁵⁴ *Ibid.*, art. de L. Pandolfi, p. 23.

para caracterizar un estado de cosas decadente, que en la tradición latinoamericana y argentina exhibía una prosa que conectaba en sus terminales con la sensibilidad del “ariélismo” definido por Rodó dentro del registro del modernismo literario. Sensibilidad, en principio, de intelectual romántico en tanto enemigo del *establishment* y de la norma, como la que traducía una carta de 1951 enviada por Pablo Neruda a una revista local, donde manifestaba su “repulsión por el burgués” que, como contrapartida, lo conduce a gustar de “la vida de la gente intranquila e insatisfecha, sean éstos artistas o criminales”.⁵⁵ Unas preferencias que, desde perspectivas muy diversas, también eran promovidas contemporáneamente por Jack Kerouac y otros integrantes de la *beat generation*. Pero igualmente —como ha recordado Luciano Pellicani— herencia particular de una tendencia prácticamente inmanente al surgimiento mismo de la figura del burgués-mercader, quien —a diferencia de guerreros y sacerdotes— conformó desde el vamos una “clase hegemónica sin calidad hegemónica, si por ella se entiende la capacidad de guiar a los hombres suscitando en ellos una íntima adhesión para colaborar en una gran empresa”. Incluso alguien tan medido en sus apreciaciones sobre este respecto como Héctor P. Agosti escribía en *Nación y cultura* (cuya primera edición es de 1959) que la medianía burguesa de los partidos argentinos tradicionales debía verse como “sinónimo de aquella chatura irredimible que Flaubert supo pintar para siempre”. En el caso de la franja denunciacionista, las referencias no tenían por qué retroceder ni siquiera hasta el *Babbitt* de Sinclair Lewis, ya que la literatura sartreana y su fundamentación filosófica abundaban en descalificaciones del espíritu burgués. Símbolos de la “mala fe” en muchas ocasiones, eran esas “buenas gentes” que *La náusea* había caracterizado como el prototipo del conformismo. En vez del héroe existencialista, esta solidez del burgués escondía mal sin embargo la verdadera decadencia burguesa, tema cuya notoriedad testimoniaban los éxitos de *Bonjour tristesse* y *Un certain sourire*, las novelas

⁵⁵ Publicada en *Poesía Buenos Aires*, núm. 4, invierno de 1951; tomada de *El movimiento Poesía Buenos Aires (1950-1960)*, Buenos Aires, Fraterna, p. 78.

de Françoise Sagan en las que una crítica local percibía ese síntoma de “una sociedad decadente” que otro detectaba en una película de Ingmar Bergman y que un tercero, ya en el cierre de la década del '50, extendía a la entera sociedad burguesa como “ciénaga del engaño, la explotación, la miseria presente y los ensueños realizados bajo tumba”.⁵⁶ Nada más alejado del hedonismo narcisista que esta ideología que dinamizará a la historia mediante el absoluto y verá en lo social el ámbito natural de realización de la utopía, e interpretará todo repliegue en lo privado como refugio vergonzante del alma bella. Pero en realidad se trataba de un rasgo de mentalidad que recorría transversalmente a diversos sujetos culturales, ya que aquella sospecha ni siquiera dejará de perturbar al crítico de *Sur* que, en una nota sobre Antonioni, concluye que el director italiano “ha captado magistralmente la hastiada desorientación en que se debaten determinados grupos burgueses”.⁵⁷ Que esas determinaciones podían alcanzar a las convicciones políticas del propio grupo fue el relámpago que turbó el festejo de Ernesto Sábato ante el fin de lo que él mismo califica de “pesadilla peronista”, en “aquella noche de setiembre de 1955” cuyas vísperas evocaría Borges como un don.⁵⁸

Referida a la teoría de la clase ociosa de Veblen, a la disolución de un sistema económico o a la crisis de la racionalidad tecnocrática, la decadencia burguesa adquiere el carácter de un dato en el que pocos como Agosti se niegan a ver una condena en bloque de toda la tradición liberal. Pero además venía a ocupar el sitio de una explicación global y funcional dentro de una voluntad de sistema que demandaba respuestas contundentes y totalizadoras. Las definiciones y los principios comenzaron

⁵⁶ *Centro*, Buenos Aires, núm. 12, octubre 1956, art. de Sophie Fischer, p. 66; *Centro*, *ibid.*, art. de E. V. T., pp. 78 y 79, y *Centro*, núm. 14, cuarto trim. 1959; art. de J. R. Lafforgue.

⁵⁷ *Sur*, Buenos Aires, núm. 251, marzo-abril 1958, p. 103.

⁵⁸ “Mientras los doctores, hacendados y escritores festejábamos ruidosamente en la sala la caída del tirano, en un rincón de la antecocina vi cómo las dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados de lágrimas” (E. Sábato, *El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo*, Buenos Aires, Impr. López, 1956, p. 40).

entonces a lucir como trincheras, la polarización no dejaría de profundizarse, y el maniqueísmo fue penetrando sólidamente el estilo de las intervenciones teóricas. La historiografía ocupó en este enfrentamiento un lugar destacado, con el resultado dudosamente feliz de que todo el pasado argentino tendió a esclarecerse súbitamente, dejando sobre el escenario histórico un drama sin suspenso en donde los actores se dejaban reducir fácilmente a los intereses de clase, grupo o facción que determinaban sus relaciones puntuales con las prácticas políticas e intelectuales.

Las diversas connotaciones negativas que desde los grupos críticos peronistas o de izquierda se formulaban hacia el liberalismo hallaron en la revista *Sur* el objeto cultural contra el cual concentrarse. Atacada por elitista, esteticista, extranjerizante y procolonialista, dentro del grupo Borges y Mallea reclutaron las mayores condenas —muchas veces ligadas al rasgo curiosamente descubierto en ambos de lo “antiargentino”—, en tanto Martínez Estrada recibía un tratamiento más benévolo, ya fuere por su reconocida vocación por la temática del “ser nacional”, ya por su actitud crítica hacia algunos aspectos de la Revolución Libertadora.

Y en rigor, autorrealizando aquella predicción, las opiniones de *Sur* revelaban una inexistente flexibilidad para considerar menos rencorosa y más productivamente el fenómeno peronista. En su célebre número de fines de 1955 dedicado a este análisis, el relato de Victoria Ocampo sobre su encarcelamiento en el Buen Pastor abre una saga donde —salvo algunos artículos que preferían refugiarse en recursos fundamentalmente técnicos— se revela un bagaje de interpretaciones que difícilmente podían oficializar como plataforma de intelección de un fenómeno complejo y que involucraba una historia no solamente reciente. No lo era, por cierto, la equiparación de Borges de la década peronista con una secuencia articulada en dos historias, “una, de índole criminal, hecha de cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios; otra, de carácter escénico, hecha de necedades y fábulas para consumo de patanes”. Tampoco, la liviandad de definir al peronismo como “una pavada”, ni los versos de gusto dudoso de Silvina Ocampo, ni la aproximación entre peronismo y comunismo demasiado plegada a una

clave de guerra fría. Poco podía modificar este clima de vindicta, temor y menosprecio un artículo como el firmado por Jorge Paita, que reclamaba atención hacia el componente popular del peronismo y alertaba contra el antiperonismo de la clase media.⁵⁹ Pero el tono de las primeras estimaciones era el dominante con largueza entre los intelectuales, desde las incluidas en *Poesía Buenos Aires* (“Durante estos años de pesadilla, mientras en nuestra tierra proliferaban las más variadas especies del envilecimiento”) hasta las del futuro rector de la Universidad de Buenos Aires, Risieri Frondizi (“la manzana putrefacta ha contaminado muchas otras. De ahí la necesidad de la reconstrucción moral y también educacional”).⁶⁰

Dentro de este campo, y por el prestigio de las figuras que las encarnaron, las posiciones de Sábato y Martínez Estrada fisuraron el frente homogéneamente antiperonista de una manera significativa. En *El otro rostro del peronismo* —concebido como una carta abierta a Mario Amadeo—, Ernesto Sábato adoptará una estrategia consistente en separar al peronismo como acontecimiento social respecto de las características de su jefe. Manteniendo las caracterizaciones habituales acerca de éste como demagogo, carente de escrúpulos y “entusiasta epígono de la doctrina nazi”, se exculpa a las masas que lo secundaron en la exacta medida en que Perón levantaba esa bandera de la justicia social que se hallaba olímpicamente ausente entre sus adversarios, más dispuestos a enarbolar los estandartes de la libertad. Sólo esta circunstancia, y no la historia que agotaba al peronismo en una secuencia de crímenes y aventuras, podía explicar que a la hora de su derrocamiento millones de desposeídos y de trabajadores hubieran derramado sus lágrimas en aquellos momentos para ellos sombríos.⁶¹

⁵⁹ En *Sur*, núm. 237, nov.-dic. 1955: art. de J. L. Borges, p. 9; E. González Lanuza, p. 50; S. Ocampo (“[...] que no renazca el sol, que no brilla la luna / si un tirano como éste siembra nueva infortuna”), p. 47; F. Schultz de Mantovani, p. 100; J. A. Paita, pp. 90 y 91.

⁶⁰ Risieri Frondizi, “La libertad no basta”, en *Centro*, núm. 10, nov. 1955.

⁶¹ E. Sábato, *El otro rostro del peronismo*, op. cit., pp. 11, 19, 20, 30 y 40.

Naturalmente, esta relación entre un líder perverso y unas masas cuyo candor las inocentizaba respecto del régimen que habían avalado tenía una fuerte componente populista, pero al calor de este discurso dispuesto ahora a argumentar acerca de un fenómeno que sus compañeros de milicia literaria habían hasta entonces solamente satanizado, se abría la necesidad de rever todo ese pasado inmediato que con tanto afán se había combatido. Al año siguiente del derrocamiento del peronismo, Martínez Estrada se involucraba en esa tarea mediante una lectura más compleja de este fenómeno, donde no resulta difícil reconocer diagnósticos más generales nacidos en *Radiografía de la pampa*. Porque si el derrocamiento de la dictadura sólo había acarreado hasta entonces como datos positivos “la huida con escolta del despota y el saneamiento de los focos más infecciosos del peronismo”, los males que este régimen había puesto sobre la escena pública mostraban tal magnitud que era la totalidad de la sociedad y la cultura argentinas las que debían quedar en entredicho.⁶² Por ello es que en su “catilinaria” de ese mismo año de 1956, Martínez Estrada percibía en el peronismo la subsistencia de una tradición que se hundía en el siglo XIX y que venía a hablar del dualismo constitutivo de la nación. El 17 de octubre de 1945 surgía así como el instante preciso en que, como Hegel había visto en Napoleón al “alma del mundo montada a caballo”, el concepto de lo Otro había ocupado corporalmente las calles de Buenos Aires. En aquella jornada, una Idea se había materializado: “El 17 de octubre Perón volcó en las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie habría reconocido. Parecía una invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos, y sin embargo eran parte del pueblo argentino, del pueblo del Himno. Porque había ocurrido que, hasta entonces, habíamos vivido extraños a parte de la familia que integraba ese pueblo, ese miserable pueblo”.⁶³ Cruzada por un sincero

⁶² E. Martínez Estrada, *Cuadrante del pampero*, Buenos Aires, Deucalión, 1956, pp. 158 y 133.

⁶³ Martínez Estrada, *Qué es esto. Catilinaria*, Buenos Aires, Lautaro, 1956, p. 27.

sentimiento de culpabilización, la fecha símbolo sintetizó desde entonces para un módulo de pensamiento el lugar donde se conjuntaban todas las virtudes de una verdad sin razones y todas las carencias de una razón sin verdad.

Las disímiles interpretaciones del peronismo dentro del mismo campo político-cultural asumieron incluso características de duro enfrentamiento. Borges había declarado al diario uruguayo *Acción* del 4 de junio de 1956 que las publicaciones de Martínez Estrada “significan un elogio a Perón”. “Así piensan de mí —retrucó Martínez Estrada en *Propósitos* del 10 de julio de 1956— muchos turiferarios a sueldo.” Borges lamentó el insulto pero no cejó en sus posiciones: “el régimen de Perón —explicó— era abominable, la revolución que lo derribó fue un acto de justicia y el gobierno de esa revolución merece la amistad y la gratitud de todos los argentinos”.⁶⁴

Los sucesos de junio de 1956 fueron la demostración de que el discurso que los intelectuales forjaban era parte del más vasto crisol donde bullían sin fusionarse todos los metales del diablo de la sociedad argentina. “Por primera vez en el siglo XX un gobierno ordenó ejecuciones al reprimir un conato de rebelión”,⁶⁵ y la investigación de estos sucesos daría lugar a un texto célebre de Rodolfo Walsh, cuyo título (*Operación masacre*) era ya un enjuiciamiento de la técnica “quirúrgica” adoptada por los sectores gobernantes para extirpar el peronismo del cuerpo nacional. Aquel tratamiento autoritario podía sin embargo seguir confiado en su éxito final, apoyado sobre la convicción ya señalada del carácter artificial del peronismo. No había aún signos evidentes para quienes no querían ver que desmintiesen las *Directivas básicas del gobierno revolucionario*, de diciembre de 1955, donde quedaba claro que los integrantes del gobierno “no tenían la menor duda de que el 60% de votos obtenidos por Perón en 1951 había sido arrancado mediante el

⁶⁴ J. L. Borges, “Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada”, en *Sur*, núm. 242, sept. y oct. 1956.

⁶⁵ R. A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Buenos Aires, Sudamericana, 3a. ed., 1981, p. 316.

fraude, la coerción y la manipulación de la opinión”.⁶⁶ Hasta que las elecciones para congresales de 1957 —el famoso “recuento globular”— quebraron esta hasta entonces férrea creencia, y, con la fuerza de las cosas, se amplió aún más la brecha entre la franja denunciacionista —atenta a reconocer la subsistencia de la identidad peronista de amplísimos sectores populares— y la élite liberal con la que se había soñado fugazmente en mantener un “diálogo de generaciones”. Esta evidencia no pasó desapercibida incluso dentro de las páginas de *Sur*: “como la oposición al tirano nos juntaba a todos, algunos no se daban cuenta. Hoy aquella fisura alcanza proporciones cismáticas”.⁶⁷

Quizás por no estar sujeta a una interpretación partidaria, ni a una estructura institucional, ni a una fuerte tradición cultural, los intelectuales de aquella franja conformaban una suerte de capa flotante capaz de mostrar una versatilidad y desprejuicio mayores ante la reinterpretación del peronismo que la que se manifestaba no sólo desde el liberalismo, sino también desde la izquierda tradicional, que seguía viendo en aquel movimiento sobre todo el asfixiamiento de las libertades públicas y una ofensiva de degradación cultural.⁶⁸ En cambio, ya en el número de *Centro* inmediatamente posterior al golpe del '55 se observa que el “síndrome Unión Democrática” alcanzaba a los componentes de este sector. ¿Qué precauciones de sensibilidad y qué cuidados teóricos no habría que atravesar para no incurrir nunca más en el funesto error de ver únicamente bandas de *Lumpenproletariat* donde en verdad —según la expresión de Scalabrini Ortiz— habría emergido nada menos que “el subsuelo de la patria rebelado”?... En el fragmento de David Viñas de *Solamente los huesos*, el peronismo ya no es un factor exógeno que por tanto habría

⁶⁶ A. Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, II. 1943-1973, Buenos Aires, Emecé, 1983, p. 129.

⁶⁷ J. A. Paita, “Nuestra actualidad pública”, en *Sur*, núm. 243, nov.-dic. 1956. Véase igualmente C. Mangone y J. A. Warley, *Universidad y peronismo (1946-1955)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, p. 49.

⁶⁸ En *Cuadernos de Cultura*, Buenos Aires, núm. 29, mayo 1957, véase el art. de J. C. Portantiero, pp. 29/30.

dejado incontaminado algún sector a partir del cual imaginar la recomposición del tejido social, sino que había concluido por involucrar al conjunto. “Sin pausa en la infamia”, el peronismo había desnudado un pasado ominoso y revelado que la historia política argentina “era un interminable chorro nauseabundo” que a todos salpicaba. En el caso específico de los intelectuales, había desnudado nada menos que era el propio reducto de sus saberes —es decir, de su legitimidad— lo que debía ser revisado: “Toda nuestra sabiduría resultaba escolar [...] De pronto nada respondió a nuestro llamado”.⁶⁹

Por todo ello, el número de *Contorno* de 1956, dedicado al análisis del peronismo, adquirió el carácter innegable de un acontecimiento teórico-político. Buena parte de ese acontecimiento ocurrió mediante un peculiar entrelazamiento de categorías populistas, sartreanas y marxistas. En principio, porque la llave que pudiera abrir el enigma peronista fue buscada en parte en las razones de los propios peronistas —“esos humillados y ofendidos”— que la razón de los intelectuales ignoró.⁷⁰ Si en 1959 la versión en clave materialista histórica les permitirá afirmar —retomando construcciones del troskismo de fines de los '30— que el peronismo había representado a una burguesía industrial basada en una industrialización liviana y de tipo subsidiario,⁷¹ tres años antes había sido Sebreli quien había enlazado mejor la necesidad de aquella revisión con las categorías sartreanas. Visto a través de la retícula del “bastardo”, el peronismo era así constituido como un movimiento básicamente antiburgués que, liderado “por un aventurero y una mundana”, había desempeñado un auténtico papel revulsivo, “un desafío al imperio de las costumbres, a la majestad de los valores establecidos, de todos los clichés morales y las mórbidas inhibiciones del filisteísmo, de la hipócrita ideología de la virtud y de la explotación de

⁶⁹ D. Viñas, *Solamente los huesos (fragm.)*, en *Centro*, núm. 10, nov. 1955, pp. 63, 52, 56 y 57.

⁷⁰ Art. de V. Sanromán en *Contorno*, 7/8, p. 50. (Se trataría de una nota firmada con seudónimo por Ismael Viñas.)

⁷¹ *Contorno*, 9/10, art. de I. Viñas, p. 60.

la Vieja Argentina”.⁷² Incluso desde el campo del troskismo contemporáneo, Silvio Frondizi acentuaba este carácter a su entender finalmente progresista del peronismo, ya que al haber destruido vertiginosamente algunas fortunas y erigido otras nuevas había mostrado el carácter espurio de la propiedad burguesa y la esencial artificialidad de esa misma juridicidad.⁷³ No habría de todos modos que homogeneizar excesivamente las interpretaciones que en aquel *Contorno* se ofrecieron acerca del peronismo. Halperin Donghi, por ejemplo, insistirá en que, aberdianamente, Perón había constuido en la Argentina “el fascismo posible”; invirtiendo la formulación de que lo revolucionario del peronismo había residido en el terreno distributivo de los bienes económicos, enunciaba también una tesis más original e inquietante: el peronismo habría en verdad intentado nada menos que una recomposición del sistema de valores que organizan la cultura argentina.⁷⁴

Con todo, la operación más prudente consistía en divorciar al peronismo de su líder, porque entonces el espacio que entre ambos se abría permitía revisar el fenómeno sin renegar de férreas convicciones que no querían desconocer “lo bajamente policíaco que contenía el peronismo” o conectar más consecuentemente la descalificación de la figura de Perón con la sospecha acerca de la propia clase social que lo había legitimado.⁷⁵ En esta auténtica transvaloración, quienes hasta ayer no más lo habían combatido con la pasión con que se combate al límite mismo de los propios proyectos, veían ahora no sin fascinación que el peronismo formaba el suelo de sus historias y el signo de sus vidas. Clave de una cifra personal en tanto situación o contorno ni deseado ni eludible, aquel movimiento era sin embargo

⁷² J. J. Sebreli, “Aventura y revolución peronista (Testimonios)”, en *Contorno*, 7/8, *op. cit.*

⁷³ S. Frondizi, *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*, Buenos Aires, Praxis, 1955, v. I, p. 243.

⁷⁴ “Del fascismo al peronismo”, en *Contorno*, 7/8.

⁷⁵ *Contorno*, 7/8, Editorial; “¿Alguna vez un obrero con conciencia de clase, un obrero de Francia, por ejemplo, podría dejarse suggestionar por esa paga?” (art. de L. Rozitchner, *ibid.*).

mucho más si se lo proyectaba hacia el futuro: también la posibilidad del "reencuentro con las masas, bajo ideales sociales y nacionales que Perón enunció y traicionó". Por eso "el peronismo no ha sido el sucedáneo de la revolución social, sino su propedéutica".⁷⁶ Pocas veces en nuestra historia, la revisión de un fenómeno político debe de haber arrastrado una crisis de identidad tan desgarrada, pero esta vasta reinterpretación tantas veces realizada a tientas y con una indisimulable pasión contenía la posibilidad de una lectura menos unilateral del peronismo, y sin ella resulta difícilmente imaginable el debate que se desarrollaría dentro de un amplio sector de la izquierda. Al poco tiempo, eran muchos los que estaban al menos convencidos de que se trataba de rescatar "lo popular" del magma confuso con que Perón lo había confundido, en un movimiento ambiguo donde lo progresivo convivía con elementos impugnables, como lo diría a fines de 1958 un órgano del Partido Comunista Argentino: "una cosa es lo que agita al peronismo con una ideología regresiva, que ofende a la clase obrera y al pueblo, y otra cosa es lo popular que se eleva políticamente".⁷⁷ Y aunque dentro del sector liberal la visión seguía sin duda más cerca de las referencias a "la segunda tiranía" con que todavía a fines de 1959 se calificaba al período peronista desde la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, podían también observarse algunas protestas contra manifestaciones de racismo asociadas al antiperonismo de ciertos sectores sociales.⁷⁸

La revisión que de uno u otro modo se había iniciado, y que ya no se detendría, ponía en juego una constelación de categorías que la tornaron posible. Alrededor del populismo es factible reconocer una parte sustancial de ese movimiento, que llegó a conjuntar orígenes culturales dispares con ocasión del proyecto frondicista. La revista *Qué*, por caso, ofició como laboratorio donde se volcaron aportes modernizantes junto con los provenientes

⁷⁶ *Contorno*, 7/8, art. de Pandolfi y Sebrelli.

⁷⁷ *Cuadernos de Cultura*, núm. 38, nov. 1958, p. 8.

⁷⁸ *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, oct.-dic. 1959, p. 485, y *Sur*, núm. 248, E. González Lanuza, "¿Racismo en Buenos Aires?".

del viejo tronco nacionalista de la década del treinta, representado por las firmas de Jauretche y Scalabrini Ortiz. Dicho populismo se nutría naturalmente de un venero romántico compartido entre otros por Sábato y Hernández Arregui, según la lógica emanatista que personifica en determinados sujetos excepcionales las potencias difusas de una totalidad oculta.⁷⁹ Renuentes a admitir una mayor complejidad de la sociedad argentina, desde diversas perspectivas políticas e ideológicas se buscaba un eje rearticulador de todo el proceso nacional. En esta redefinición de sujetos, el "pueblo" emergerá como una sustancia incontaminada ante la decadencia que viene de involucrar a las demás zonas de la sociedad. Entre la clase obrera como categoría heredada del viejo fondo anarco-marxista y "la bondad intrínseca de las clases populares" postulada por Mario Amadeo, se abría un amplio repertorio de accesos para ingresar en ese espacio presuntamente regenerador. Incluso este *élan* populista coincidía con las influencias gramscianas que difundía Agosti desde *Cuadernos de cultura*, y el hecho de que este intelectual comunista haya podido hablar contra "el esnobismo extranjerizante" y reconocer por lo menos tantas coincidencias como discrepancias con Hernández Arregui ilustra a las claras la fuerte presión de las ideas populistas en el medio cultural argentino de entonces, pero además sólo resulta explicable sobre la base de la creencia de que "el proceso cultural más legítimo está siempre representado por los elementos nacionales-populares".⁸⁰

Esta invención de un nuevo sujeto palingénésico y/o dador de sentido a una totalidad nacional debe a su vez comprenderse sobre el fondo de la profunda crisis cultural que conmovió a los intelectuales como efecto retardado de la occidental de posguerra, pero que a su vez se nutría con componentes propios de la coyuntura

⁷⁹ "Esos rumores telúricos son verdaderos e inalienables, porque nos vienen de los más recónditos reductos del alma colectiva" (E. Sábato, *op. cit.*, p. 45); "las manifestaciones más grandes de la cultura europea han bebido en el 'humus ancestral' del folklore, que es impulso inconsciente, inagotable y creador de toda cultura nacional" (J. J. Hernández Arregui, *op. cit.*, p. 144).

⁸⁰ H. P. Agosti, *Nación y cultura*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1982, p. 113.

argentina. Osiris Troiani evocaba recientemente su convicción durante el período peronista de que “el mundo en crisis no puede ofrecer como alternativa sino una vida sin objeto, la frivolidad y el hedonismo”; él mismo connotaba en 1956 los elementos nacionales de esa crisis para su generación y su fracción, incapacitada para aceptar la mistificación peronista o la restauración oligárquica tanto como de organizar una alternativa eficazmente transformadora: “Vivimos diez años suspendidos entre cielo y tierra. Hemos perdido nuestra juventud y somos un peso muerto sobre la de quienes vienen detrás”.⁸¹ Alejados de la intelectualidad “libertadora” y al mismo tiempo del peronismo, la esterilidad y la crisis de futuro parecían ser los solos frutos amargos que estaba destinada a cosechar esta fracción transaccional. Al tratar de componer una síntesis con partes cuyo acercamiento luce tan necesario como imposible, *Contorno* percibía bien que su intento de revisión del peronismo debía inscribirse bajo la advocación alberdiana de la generación del '37: “hace muchos años que persigo a las dos fracciones en que se ha dividido la generación pasada de mi país, porque no nos han hecho sino inmensos males: la colorada por sus crímenes; la celeste por su inepticia”... En una aclaración reciente al artículo que había retomado esta antinomia para pronunciarse en favor de la fracción “maldita”, Sebrelí señala que este texto era demasiado subsidiario de sus primeras y apresuradas adhesiones sartreanas.⁸² Y es innegable que la comprensión de una crisis cuyas causas se ubicaban sin más en el sistema capitalista, o en la falta de correspondencia entre cultura y nación, o en un irremisible proceso de sudamericanización, iba a ser transmitida por la franja denunciacionista dentro de categorías preferentemente existencialis-

⁸¹ O. Troiani, “1984 desde 1985”, en *Clarín*, Buenos Aires, 17 de enero de 1985, y art. del mismo autor en *Contorno*, 7/8, p. 9.

⁸² “Mi transición intelectual del existencialismo sartreano al marxismo, entremezclado además con algunas ontologías nacionales como las de Martínez Estrada y Murena, incompatibles con las dos corrientes anteriores constituyen la causa de la confusión de pensamiento que caracteriza al ensayo” (J. J. Sebrelí, *El riesgo del pensar. Ensayos 1950-1984*, op. cit., pp. 35/36). Sobre las analogías con la generación romántica, véase B. Sarlo, “Los dos ojos de *Contorno*”, en *Revista Iberoamericana*, núm. 123, oct.-dic. 1983.

tas. Estas deducían de la intencionalidad de la conciencia una teoría del compromiso opuesta al espiritualismo de la filosofía académica o del círculo encantado de los que —como Malraux pero también seguramente Lanza del Vasto y Victoria Ocampo— se empeñaban en “dejar atrás lo concreto”.⁸³ Progresivamente fascinados por la figura del Trabajador, en un tiempo en que la del guerrero aún no asomaba su rostro terrible, les resultaba sin embargo difícil identificarse sin culpabilizaciones con la específica del intelectual que los reclamaba pero cuya institucionalidad se les negaba o repudiaban, o bien ambas cosas a la vez. Y es que pocos momentos como aquél concentraron una minorización de esta función como la que coincidió con esos años del inmediato posperonismo.

Cristalizando la otrora exitosa consigna que jerarquizaba las alpargatas y depreciaba el saber llamado libresco, el ensayo nacional-populista alcanzará en esta zona niveles de descalificación difícilmente superables. Aun cuando Jauretche suele matizar esta imagen, igualmente caracteriza al intelectual “por su actitud simiesca y su incapacidad de creación”, sumándole una actitud de pusilanimidad que lo ubica en las antípodas del tipo humano que para este autor parece más digno de consideración.⁸⁴ No estaban solos en ese camino, ya que desde la izquierda marxista también se argumentaba en igual dirección y de acuerdo con patrones que una fuerte línea antiintelectualista de la III Internacional había tornado clásicos. El derrotismo de esos pequeño-burgueses se explicaba por ejemplo para Silvio Frondizi “por la posición del intelectual que siente en plena decadencia la misión que ha estado cumpliendo. De ahí —concluía— su carácter desesperado, pesimista y destructivo”.⁸⁵

⁸³ S. Fischer, “Malraux o la mistificación de Occidente”, en *Centro*, núm. 14, p. 140.

⁸⁴ “Los intelectuales en política son así [...] Además son de mala índole. Les gusta empujar para que otros peleen [...] Después esconden la mano [...] A los intelectuales les gusta empujar para que peleen los hombres [...] ¡Si es de agradecer que esté un mífico y no un intelectual en el candelero!” (A. Jauretche, *Los profetas del odio*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor S. A., 8a. ed., 1982, pp. 40, 100, 110 y 117. La primera edición es de junio de 1957).

⁸⁵ S. Frondizi, *La realidad argentina*, op. cit., I, pp. 216/217.

Dentro del espectro liberal esta figura es construida desde matrices menos unánimes. Por un lado, el antiintelectualismo lucía excesivamente comprometido con las barbaries nazifascistas como para resultar atractivo para la intelectualidad liberal y progresista. Y no se trataba sólo de evocar el tercer centenario del *Discurso del método*, celebrado ya en 1937 como símbolo de la racionalidad democrática ante el avance del irracionalismo hitleriano, sino ahora también del nuevo antiintelectualismo que *Imago Mundi* filiaba en directa vinculación al desarrollo de la guerra fría en los Estados Unidos de América.⁸⁶ Esta oposición a la cultura del *Blut und Boden* era compartida naturalmente por la izquierda comunista, dentro de una torsión que *El asalto a la razón* de Lukacs iba a expresar en todo su alcance; también en todas sus limitaciones. Ese humanismo racionalista y a veces dieciochesco ilustra ampliamente los mutuos rechazos que debían existir entre estas sus propuestas ideológicas y las de la franja contestataria tan fuertemente influida por el existencialismo. Para los primeros, se reivindicaba “la perspectiva completa del Renacimiento, que para nosotros, comunistas, sólo es posible a través del marxismo”, contando para ello con “hombres de ciencia y profesionales en la amplitud del saber universal y la responsabilidad concreta identificada con el anhelo de crear una Argentina democrática e independiente”.⁸⁷ Sin embargo, a fines de 1958 incluían en su órgano cultural una nota de *Rinascità* donde campea un análogo elogio de la “experiencia vivida” que podía frecuentarse en algunas páginas de *Contorno*.⁸⁸

Pero si Jauretche había encabezado *Los profetas del odio*, de 1957, con la cita de Gandhi advirtiendo sobre

⁸⁶ Véase *Imago Mundi. Revista de historia de la cultura*, dirigida por J. L. Romero, núm. 9, septiembre de 1955, R. A., “Los intelectuales y el antiintelectualismo en los Estados Unidos”, pp. 81-82.

⁸⁷ *Cuadernos de Cultura*, núm. 38, E. Giudici, “Una lección de historia”, p. 9.

⁸⁸ “Hemos visto a hombres comunes, hombres que no habían leído a Confucio ni fumado opio, hacer, sin tantas frases históricas, las mismas cosas que los protagonistas de Malraux acompañaban de inagotables comentarios filosóficos y consideraciones a menudo irreales” (nota de Pierre Courtade en *Cuadernos de Cultura*, núm. 38, p. 112).

“la dureza de corazón de los hombres cultos”, también Sábato iba a hallar en la persistencia de su antiintelectualismo un punto de confluencia poco antes inesperado con la corriente nacional-populista. Víctimas de la misma tradición “rivadaviana”, “nuestros ideólogos han estado desdichada e históricamente separados del pueblo, en la misma forma y con las mismas consecuencias en que el racionalismo pretendió separar el espíritu puro de las pasiones del alma”. La torre de marfil era, obviamente, la metáfora arquitectónica por demoler para captar lo popular y comprender el huidizo fenómeno peronista, ante el cual “nos habíamos entregado al escarnio, a la mofa”.⁸⁹ Todo un elogio de la intuición, entonces, que se avenía bien con la veta romántica del nacional-populismo, para la cual “lo auténtico de la cultura no es la Universidad sino la vida”.⁹⁰ Martínez Estrada concluía naturalmente con menos optimismo que “tan corroído está el populacho como la *intelligentsia*”,⁹¹ pero para la franja denunciante se trataba más bien de testimoniar con acentos desgarrados hasta qué punto se había abierto un abismo entre ellos y ese pueblo elegido como interlocutor privilegiado.⁹² El fantasma del “alma bella” ronda las pesadillas de estos intelectuales como la peor de las figuras hegelianas en que sea dado incluirse, y si han sido víctimas de algunos desvíos en esa dirección que han terminado por ofuscar la visión de la propia sociedad, ¿cómo no buscarían también las fuentes de

⁸⁹ E. Sábato, *op. cit.*, pp. 44 y 40.

⁹⁰ J. J. Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires, Plus Ultra, 3a. ed., 1973, p. 255 (la primera edición es de 1960).

⁹¹ E. Martínez Estrada, *Qué es esto, op. cit.*, p. 42. “¿Esa es la intelectualidad argentina, la de los sanos patriotas, que esperaban la caída del bandido para salvar al pueblo y castigar a los enemigos de la patria?” (E. Martínez Estrada, *Cuadrante del pampero, op. cit.*, pp. 112/113).

⁹² “[...] hay miles y miles de bocas que no nos escuchan, miles y miles de bocas hambrientas, calladas [...] Entre nosotros y los hombres que no leen se abre una profundísima, aterrador grieta” (J. R. Lafforgue, “Quasimodo y las bocas calladas”, en *Centro*, núm. 14, p. 146); “no basta con leer a Marx [...] es imprescindible darnos vuelta como un guante”, “desgarrarnos de nuestra clase, desgarrarnos de ese mundo viejo” (I. Viñas, “Orden y Progreso”, en *Contorno*, núm. 9/10).

esta culpa en el europeísmo como alienación originaria del intelectual argentino?

Desde el fondo de una vertiente constitutiva de la ideología argentina, el europeísmo se tornó entonces un lugar común como presunto componente de un vicio que obnubiló recurrentemente la percepción de la propia especificidad nacional. Esta cultura de lo específico iba a recorrer un sendero que en sus extremos desembocó demasiado fácilmente en la inefabilidad, pero la fuerza de esta tendencia ideológica dentro de la izquierda se potenciaba con el tema del antimperialismo, que propiciaba la búsqueda de la articulación de la Argentina con Latinoamérica y la desconfianza ante los datos provenientes de la cultura europea. "Nos habíamos empeñado reiteradamente en creernos europeos —escribía Agosti a fines de 1955—, en sentirnos fuera de América, sin advertir que estábamos enclavados tercamente en el destino común de los pueblos de América. Padecíamos, como todos ellos, de la misma irregularidad en el desarrollo general, de la misma dependencia frente a los consorcios imperialistas que desde lejos dictaban la política y sostenían a las oligarquías terratenientes."⁹³

Como en un juego especular que invierte los reflejos, de pronto se llegaba a la convicción de que en su cruce atlántico algo extraño le ocurría al sentido de las ideas, e incluso podía impugnarse el papel de las masas inmigrantes, que Hernández Arregui (en una coincidencia vertiginosa con Cané o Lugones) veía integrada "por trepadores sociales con los pies en la Argentina y la cabeza sórdida en Europa", que venían a envilecer nuestra lengua con "residuos lingüísticos del mercado".⁹⁴ Como se ve, el populismo no es la traducción discursiva del pueblo, y mantiene con éste relaciones tan mediadas y construidas ideológicamente como cualquier otro objeto teórico...

⁹³ H. P. Agosti, "Los recuerdos actuales", en *Centro*, núm. 10, p. 45. Como contrapartida, un ex militante comunista dirá que fue la búsqueda de esa originalidad latinoamericana la que "lo llevó a alejarse de un partido que nunca supo demasiado de qué se trataba cuando algo ocurría en Sudamérica" (*Centro*, núm. 12, p. 47).

⁹⁴ J. J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura*, op. cit., pp. 81 y 75.

Esta cuestionada herencia europeísta contaminaba especialmente a sus albaceas de clase media y a la institución donde se acudía en busca del saber y del prestigio: la universidad, cuya historia se confunde con "la historia de nuestra oligarquía".⁹⁵ Por dudosa que esta aseveración pudiere resultar para quien simplemente memorara la tradición de la Reforma Universitaria, lo cierto es que el impacto ante la incompreensión del peronismo era de tal magnitud que aquella interpretación penetró profundamente en la propia intelectualidad de izquierda. Pudo así señalarse en la actitud de meros consumidores de cultura de los grupos socialistas una enajenación que conducía a la extranjerización, convirtiendo a sus portadores en expatriados de una patria ajena.

Sin estricta definición de su rol en la producción y portadora de una serie de saberes calcados de fuentes extrañas, esta alienación extranjerizante hundía sus raíces centralmente en la pequeña burguesía.⁹⁶ Este sujeto económico-cultural tiene un espacio urbano que ha terminado por resultarle consustancial: esa ciudad de Buenos Aires que es justamente el centro del cosmopolitismo al que tan bien habría resistido el núcleo duro y autóctono del Interior. Ciudad "fenicia" y vacua, Buenos Aires devino la metáfora geográfica de la entrega al extranjero: "Esta ciudad improductiva, burocrática, mercantil, hipnotizada por Europa y sobre todo por Manchester, sería la principal plataforma para la expansión latinoamericana del poderoso Imperio que nacía a orillas del Tánisis".⁹⁷ Inversión de las lentes del *Facundo*, la cultura de los años cincuenta desembocaba por una de

⁹⁵ J. J. Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, op. cit., p. 89. "La juventud universitaria, en particular, ha asimilado los peores rasgos de una cultura antinacional por excelencia (J. A. Ramos, *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Buenos Aires, Indoamérica, 1954). "Es que éstos, que se llaman a sí mismos intelectuales, de tan afanados de saber lo que pasa en las otras casas, nunca saben nada de la propia" (A. Jauréche, *Los profetas del odio*, op. cit.).

⁹⁶ "Los intelectuales de la clase media, ideólogos a sueldo de la organización invisible de la economía mundial [...]" (J. J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura*, op. cit., p. 283).

⁹⁷ J. A. Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 3a. ed., 1965, v. I, p. 78 (La primera edición es de 1957.)

sus líneas en el descreimiento de las ciudades-puerto, abiertas al mundo pero también al mercado, y arrojando una sombra de sospecha sobre la circulación de ideas que aquéllas habían promovido junto con la circulación de los bienes. Temas xenófobos que habían sido patrimonio de la élite oligárquico burguesa ante los efectos no deseados de la inmigración, aparecían ahora en otras cabezas y con tal capacidad explicativa que podían dar cuenta del "extranjerismo mental" de partidos como el Socialista y Comunista, por el solo hecho de que en su constitución habían participado extranjeros...

Ya para 1959 era posible caracterizar a la "nueva izquierda" por albergar núcleos "entre nacionalistas de izquierda o, tal vez con alguna mayor precisión, nacionalistas marxistas".⁹⁸ En este horizonte político-cultural, el lugar ocupado por el marxismo "ortodoxo" era sin duda reducido, a pesar de que los señores de la guerra piensen ya a fines de esta década que es hora de iniciar la santa cruzada que a sangre y fuego acabe de una buena vez con el fantasma rojo. Reducido, en principio, porque dicho marxismo estaba encarnado orgánicamente por los raleados contingentes comunistas y troskistas. Es cierto que, como elemento de modernización, dentro del Partido Comunista comenzaba a modificarse la lectura del marxismo a través de la introducción de Gramsci, pero esa incorporación no bastaba para quebrar la hegemonía de Garaudy, todavía escrupulosamente atenido a la versión stalinista de los temas filosóficos. El mismo comunismo argentino vivía además un período particularmente agitado de su desarrollo, especialmente por los avatares de su línea internacional

⁹⁸ "Todos ellos señalan: Ante todo, el preponderante lugar que toma en sus construcciones la presencia del imperialismo, preponderancia que llega a veces a oscurecer la presencia de la lucha de clases. Luego, la insistencia en que las burguesías nacionales no están capacitadas entre nosotros —es decir, en los países semicoloniales— para desempeñar papel revolucionario alguno, pues no están dispuestas a modificar las relaciones de propiedad. Como corolario, que sólo la clase obrera está en condiciones de dirigir la lucha por la liberación del imperialismo y de realizar las transformaciones de la revolución democrático-burguesa. Finalmente, que es necesario realizar la unidad de América Latina, pero que esa unidad sólo podrá realizarse por una revolución de contenido socialista" (art. de I. Viñas en *Contorno*, núm. 9/10, p. 43).

centrada en las decisiones del Partido Comunista de la URSS. Si bien el XX Congreso, de 1956, había desencadenado a través del Informe Jrúschov una vasta campaña antiestalinista "desde arriba", la intervención soviética de fines de ese mismo año en Hungría debía arrojar mensajes al menos confusos aun para los más predispuestos a aceptar como buenas aquellas autocríticas, y naturalmente los miembros de la franja denunciadora estaban mucho mejor preparados para dar crédito a *El fantasma de Stalin* de Sartre que a las versiones comunistas empeñadas en sostener que el informe Jrúschov era un documento fraguado por el Departamento de Estado norteamericano.

De todos modos, cuando la URSS colocó en órbita el primer satélite artificial en octubre de 1957, los comunistas encontraron allí un elemento que apoyaba la política interna del "deshielo" y de coexistencia pacífica con el mundo capitalista instalando el conflicto en el terreno de la competencia económica. Pero sobre todo leyeron en ese hecho —como no dejaron de sospecharlo con temor también algunos norteamericanos— la verificación de las declaraciones de Jrúschov a los intelectuales húngaros acerca de que "hemos enseñado a algunos norteamericanos vanidosos a articular claramente que es a la Unión Soviética, es decir, al país del socialismo, a la que es preciso alcanzar en lo que respecta al nivel de desarrollo de la ciencia y de la formación de ingenieros y sabios". Ese suceso alentó prontamente la creencia de que "la catástrofe pedagógica en los Estados Unidos" formaba parejas con la decadencia generalizada de la sociedad capitalista.⁹⁹

Existían —lamentablemente— circunstancias más vernáculos que operaban sobre la visualización del fenómeno comunista. La Operación Cardenal, en abril de 1957, mostró por ejemplo de qué modo la represión ejecutaba una reclasificación en donde comunistas y peronistas comenzaban a compartir el mismo espacio de la exclusión política. Y si el tradicionalismo y anticomunismo de

⁹⁹ "La crisis de la educación en Estados Unidos es el reflejo director de la crisis de estructura que sufre todo el sistema capitalista, que se ahonda y se agrava inexorablemente" (T. Ramos, "Dos sistemas de enseñanza", en *Cuadernos de Cultura*, 1958, op. cit., pp. 55 y 62).

las fuerzas conservadoras de la Argentina persistían en difundir una imagen que identificaba la actividad crítica con lo subversivo, era natural concluir que “es sintomático que hoy se suela llamar ‘comunista’, comúnmente, a quienes pretenden pensar con relativa independencia (tanto como ‘formalista’ y ‘burgués’ si se trata de la URSS)”.¹⁰⁰

Los acontecimientos político-culturales que de una u otra manera involucraban a la Unión Soviética también tenían peso sobre los lineamientos ideológicos que se iban conformando, y sirven hoy de testimonios del modo como se visualizaba entonces el enfrentamiento Este-Oeste. Ante la aparición de *El doctor Jivago*, la revista *Centro* tomó de *Les Temps Modernes* una nota de Isaac Deutscher donde éste se distanciaba del anti-comunismo de Boris Pasternak pero reaccionaba con indignación frente al espectáculo de la condena de este escritor en la URSS, extrayendo no obstante una conclusión que no se podía deducir del tono de su artículo pero que será canónica en la versión de la izquierda no comunista de esos años: “Lenta, y sin embargo rápidamente, con penas y esperanzas, la Unión Soviética entra en una nueva época donde la masa de su pueblo capta nuevamente el sentido del socialismo”. Basta referir a las notas de Camus divulgadas por *Sur* celebrando lo que Gustav Herling no vacilaba en calificar de “la victoria de Boris Pasternak”, para percibir un aspecto más de la redefinición de campos que condujo a los intelectuales comunistas a dirigir una carta abierta a sus pares del frente liberal que como Banchs, Borges, Erro, Houssay o Francisco Romero habían coincidido con aquéllos en “hermosas batallas de solidaridad antifascista”, pero que ahora aparecían excesivamente preocupados por la situación de la clase obrera húngara mientras la propia República “se va internando en un cono de sombra”. Allí mismo se reproducía el artículo de Garaudy donde se acusa a intelectuales como Sartre de servir “a la obra de la reacción”, ejemplificando así las dificultades de la relación ahora con los intelectuales de

¹⁰⁰ Rescensión de S. Karsz en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, abril-junio de 1958.

la franja contestataria, teniendo en cuenta además que entre ambos se interponía una diferente sensibilidad estética, que era parte de una diferencia que incluía hasta el modo de insertarse en la sociedad.¹⁰¹ Sea como fuere, lo cierto es que los objetos político-culturales y las posiciones que los animan se van cargando de tensiones que ya pocos pretenden disimular. En *Sur* de enero-febrero de 1956 un artículo de Denis de Rougemont expresa lo que este grupo pretende autodefinir como núcleo de su emblocamiento: “queremos la libertad y los otros la dictadura”. Acuciosamente, algunos perciben el abismo que se está abriendo, y se apresuran a proclamar que la Argentina debe elegir “entre Alberdi y Lenin”...

Otra vía de circulación del marxismo transcurría por sus estribaciones nacionalistas y también por las del nacional-populismo. La eficacia del primero surgirá de la atractiva fusión de temas provenientes del revisionismo histórico con la recuperación de la “cuestión nacional” que, dentro de las polémicas de la II Internacional, los conducirán a hacer de Manuel Ugarte la nueva estrella en ascenso del socialismo nacionalizado. Pero tanto en este registro como en el populista, la impronta economicista será la marca distintiva que hará concluir al autor de *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* —uno de los indudables éxitos de librería en este terreno— que “el conflicto entre las dos políticas —Rivadavia o Rosas— no fue sino la lucha entre las necesidades de la burguesía comercial porteña controlada por los británicos residentes y la clase ganadera bonaerense”.¹⁰² En esos mismos años Milcíades Peña escribía una interpretación histórica

¹⁰¹ A. Camus, “Los adoradores del hecho consumado”, en *Sur*, núm. 244, enero-feb. 1957; G. Herling, “La victoria de Boris Pasternak”, en *Sur*, núm. 256, enero-feb. 1959; *Cuadernos de cultura*, suplemento al núm. 27, dic. 1956. El número de *Contorno* sobre el peronismo fue juzgado desde el campo comunista como un ejercicio fundamentalmente fallido por “la falta de fronteras entre el rigor científico y la vivencia individual que padecen casi todos sus trabajos” (J. C. Chiaramonte, en *Gaceta Literaria*, 8, nov.-dic. 1956), pero también se saludó su incorporación a la “revolución agraria y antimperialista” (J. C. Portantiero, en *Cuadernos de cultura*, 29, mayo de 1957).

¹⁰² J. A. Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, op. cit., v. I, p. 121.

que tendría fuerte gravitación y donde, a pesar del brillo polémico y de la utilización de referentes bibliográficos poco aprovechados por la crítica de izquierda, incluso un conflicto tan difícilmente filiable en términos de clases como la oposición entre mitristas y alsinistas es reconducido a la última *ratio* económica. Pero será en Hernández Arregui donde esta marca economista alcanzará otra vez momentos difícilmente batibles. Y si pudo escribirse sin demasiado escándalo que “a la economía de monocultivo corresponde una literatura equívoca de introspección, donde los personajes desorientados se analizan a sí mismos en medio de una vaga sensación de inseguridad”, se entiende que el antirreduccionismo de nuestros días es (más que un plegamiento a los dictados de una moda) el arreglo de cuentas necesario con una visión de lo social y de la historia que proporcionaron interpretaciones tan tranquilizadoras como erróneas.¹⁰³ Si las verdades ocurrían siempre en otros lados, si la lógica de la economía se identificaba con la lógica de la historia, la cultura adquiriría la imagen grotesca de lo superestructural y las palabras hallaban negada su eficacia simbólica. Entre el modelo conceptual y la dura realidad se abría entonces una brecha que los intelectuales jamás lograrían colmar, salvo que se lanzaran en las aguas purificadoras de la práctica, único modo de evitar que —como decía Sabato— para algunos intelectuales siguiera habiendo el proletariado platónico de los libros de Marx y otro “grosero, impuro y mal educado que desfilaba en alpargatas tocando el bombo”.

Dentro de este conjunto de creencias, el imperialismo se fue perfilando como la categoría central capaz de explicar toda la trama de la historia nacional y también

¹⁰³ Esta concepción se agravaba al funcionar dentro de un esquema romántico-organicista, que obligaba a vincular niveles y series de fenómenos en un aplanamiento del campo histórico: “Hay [...] una estrecha aunque esfumada relación entre las manifestaciones literarias de ese período, entre el escepticismo distante de *Historia universal de la infamia* de Jorge Luis Borges, por ejemplo, y el fraude patriótico, el monopolio cerealístico de los Bemberg, la ley de moratoria hipotecaria, el obelisco de Vedia y Mitre, el arte de Rabindranath Tagore, el pacto Roca-Runciman, el liberalismo perfumado de Monseñor D’Andrea y la constitución de 1853 aplicada contra el pueblo por la Suprema Corte de la Nación” (J. J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura*, op. cit., p. 137).

como un *deus ex machina* que validará todas las versiones conspirativistas de la historia.¹⁰⁴ Al ser el imperialismo el culpable casi exclusivo de nuestros males, y si además Estados Unidos enfrentaba una crisis generalizada que lo impulsaba a intensificar la explotación del mundo, la consigna antimperialista resumía la resolución de un cúmulo de enormes problemas y, junto con ello, prometía un retorno a los orígenes aparentemente dichosos de la unidad latinoamericana. El latinoamericanismo reclamaba así sus derechos, para restablecer la “patria grande” y salvarnos de la “balcanización”, la terrible palabra que culpabilizaba además a quienes terminaron por ser argentinos al fracasar en su destino latinoamericano...

El discurso antimperialista cubría un arco inesperadamente amplio, que desde entonces no ha dejado de crecer. Era posible hallar uno de los puntos de su curvatura tanto en *Sur y Poesía Buenos Aires* como en el subtítulo de un libro de autor prontamente célebre: “La lucha antimperialista como etapa fundamental del proceso democrático en América Latina” especificaba la intención de *Petróleo y política* de Arturo Frondizi. En torno de su nombre, de su propuesta y de su “traición”, parte de la generación denunciacionista profundizará algunos de sus planteamientos y abandonará sus ya escasas ilusiones sobre las relaciones del saber con el poder.

Esta experiencia se desarrollará con sorprendente celeridad, de tal suerte que hacia 1959 estará prácticamente cancelada, sirviendo junto con la revolución cubana como límite funcional de la década de los años cincuenta en el registro que la hemos analizado. Pero antes, fueron precisamente aquellas expectativas las que explican que, electo presidente en febrero de 1958 con el apoyo de los votos peronistas, Frondizi hubiese reclu-

¹⁰⁴ “[...] la penetración imperial, incontrolada y finalmente omnipotente, corrompió nuestra vida política, compró conciencias, puso a su servicio abogados y senadores de apellido prócer, deformó a la economía nacional para sus solos fines, arrasó la industria regional, aniquiló el federalismo o lo pervirtió, monopolizó los ferrocarriles y las comunicaciones [...], desarrolló monstruosamente la ciudad capital y, en fin, puso en peligro de naufragio a nuestra incipiente nacionalidad en el anónimo océano del cosmopolitismo” (E. Sabato, op. cit., p. 16).

tado también adherentes en sectores de la nueva izquierda (algunos llegaron a ocupar cargos oficiales no demasiado relevantes) y de la izquierda tradicional.¹⁰⁵ No faltaban en realidad elementos atractivos en el frondizismo, ya que —al estar proscrito el peronismo y aparecer el radicalismo del pueblo como heredero de la Revolución Libertadora— podía proclamarse exclusivo adalid de los intereses nacionales y populares. Si hasta la figura misma del dirigente de la UCRI parecía conformarse con los deseos de esta nueva izquierda intelectual. “Cierto: ese departamento de la calle Rivadavia, al fin un político que entendía al país y tenía libros en su casa [...] Libros y realidad: la síntesis esperada durante años [...] Un Roosevelt que conocía a Lenin, la síntesis de libros y alpargatas y de unitarios y federales, el Gran Proyecto, el país al día”.¹⁰⁶ Pero no se trataba sólo de esta posterior y seguramente desencantada evocación literaria, sino que ya en el número de 1956 de *Contorno* y en el primer *Cuaderno* de esta misma publicación, en 1957, se apostaba expresamente por la candidatura de Frondizi.¹⁰⁷

Por otra parte, empero, en un campo no por restringido menos significativo, el hecho de que en la revista *Qué* fueran bien acogidos Jauretche y Scalabrini Ortiz pero también Mario Amadeo revelaba una punta del dudoso entramado de las alianzas que el “integracionismo” iba tejiendo; pero la ansiada posibilidad de confluir con el peronismo o al menos de oponerse a los impulsos

¹⁰⁵ “Un comunista como J. J. Real y socialistas como Dardo Cúneo, Isidro Odena y Marcos Merchensky son buenos ejemplos de ese pasaje de la izquierda al frondizismo” (A. Rouquié, *Radicales y desarrollistas*, Buenos Aires, Schapire, 1967, p. 101).

¹⁰⁶ D. Viñas, *Dar la cara*, Buenos Aires, Ed. Jancana, 1962, p. 55.

¹⁰⁷ Al partido de Frondizi —se lee allí— “no se lo puede homologar a la izquierda liberal porque, mucho más que un ala de la venerable UCR, es un partido nuevo, con sus cuadros dirigentes renovados y, de la heterogénea ideología radical, se ha quedado precisamente con los elementos antiliberales”, amén de no ser anticatólico ni sectario al estilo socialista, sino “profundamente nacionalista y populista” (R. Alcalde, “Catecismo político para un nuevo Uriburu”, en *Contorno*, núm. 7/8, p. 56). “[...] la izquierda concreta que se perfila a través del radicalismo es la cuña real introducida por los intereses populares en el flanco de los intereses imperialistas y antinacionales” (*Cuaderno Nro. 1 de Contorno*, 1957, p. 2).

más antiperonistas resultaban señuelos que relegaban a segundo plano aquellas prevenciones. Demasiado rápidamente, las peores previsiones sobre la endeblez de aquellas promesas de liberación nacional y de justicia social iban a verse confirmadas, dentro del clima de universal sospecha que suscitó entre propios y extraños el gobierno de Frondizi, sometido desde el vamos al veto anacrónico de unas fuerzas armadas celosas hasta el hartazgo de vigilar cada uno de los movimientos de un presidente dispuesto a su vez a cualquier tipo de concesiones con tal de mantenerse en ese más que retaceado poder. Este gobierno de legitimidad pronto cuestionada pero que no se resigna a abandonar la maniobra dibujará de este modo un estilo de política graficado en las anécdotas que nos relatan a un Frigerio que ha renunciado por presiones militares a sus cargos oficiales pero que realiza nocturnas y furtivas visitas al presidente en su residencia de Olivos.¹⁰⁸ Centrando su estrategia en un economismo a ultranza que justificaría concesiones en los demás terrenos, la gestión Frondizi conformó así una de las experiencias más traumáticas imaginables para quienes habían apostado a esa fórmula en su afán por desmarcarse de los viejos y nuevos males del tradicionalismo y el antiperonismo autoritario. La inmoralización de la política practicada desde el Estado fortalecía lamentablemente una concepción de larga data en la historia argentina y se engarzaba curiosamente hasta con la demanda de “eficacia” incluida en la ética de “las manos sucias”, con todo lo cual el giro a la derecha del frondicismo en el gobierno “creó una tremenda confusión ideológica y semántica e implantó un grado de cinismo y falsedad en el lenguaje político que tendría graves consecuencias sobre la vida cívica del país”.¹⁰⁹ Cuestionado en tanto proimperialista por la izquierda y por comunista o marxista por las fuerzas armadas e incluso por el

¹⁰⁸ “Y los domingos, tirado en el fondo del automóvil de un matrimonio amigo de Frondizi al cual éste invitaba a almorzar, se colaba también Frigerio a la arbolada casa presidencial” (J. E. Nosiglia, *El Desarrollismo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983, p. 123).

¹⁰⁹ Guido Di Tella, *Perón-Perón. 1973-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983, p. 53.

propio Perón,¹¹⁰ los primeros meses del gobierno de Frondizi bastaron para enajenarle la voluntad de sus anteriores adherentes de izquierda. Entre éstos, las medidas que mayor irritación provocaron fueron las referidas a la política petrolera y a la enseñanza universitaria privada, anunciadas en julio y septiembre de ese año de 1958 respectivamente. Pero el enfrentamiento en torno de la enseñanza privada fue sin duda el que determinó la ruptura más espectacular entre el gobierno y los intelectuales progresistas que lo habían apoyado. Tempranamente, una carta de José Luis Romero publicada en la *Revista de la Universidad* de enero-marzo de 1956 preanunciaba el conflicto que heredaría el desarrollismo. Se refería obviamente a la introducción, por parte de Dell' Oro Maini —ministro de Educación de la Revolución Libertadora—, del artículo 28 en el decreto que fijaba normas provisionales para las universidades: este artículo que motivaba la oposición de Romero autorizaba a la iniciativa privada a crear universidades facultadas para expedir títulos académicos. Tres años más tarde, el nuevo rector de la UNBA, Risieri Frondizi, confesaba en el mismo medio que la universidad “no oyó, o prefirió no oír, las voces que partían de los sectores reaccionarios que amenazaban quebrar la límpida y democrática tradición laica argentina”. Entre ambas fechas, el país fue conmovido por una verdadera batalla político-ideológica, acompañada de masivas manifestaciones en pro de uno u otro sector. “El clima de Buenos Aires era irrespirable. Los contratos petroleros habían encendido los ánimos [...] Las calles adyacentes al Congreso estaban generalmente atestadas de manifestantes, obreros, estudiantes, políticos e intelectuales que reclamaban por DINIE o YPF. Es en ese momento, justamente, que Frondizi arroja otra bomba sobre la opinión pública: el

¹¹⁰ Véase las referencias al diario del almirante Hartung en R. Potash, *op. cit.*, p. 369. “Como se ve, se trata de un plan de elementales razones marxistas” (Carta de Perón a Cooke, en Perón-Cooke, *Correspondencia*, Buenos Aires, Granica Editor, 2a. ed., 1973, carta del 20 de diciembre 1958, v. II, p. 127). “[...] este gobierno no cumple el papel que pudo haber cumplido, y que, por el contrario, él sí se va convirtiendo cada vez más en instrumento de un nuevo estadio de nuestra dependencia” (art. de I. Viñas en *Contorno*, núm. 9/10, p. 66).

proyecto de la ley de enseñanza libre.”¹¹¹ Aprobado por fin este proyecto, el balance arrojó por lo menos una doble enseñanza para los contemporáneos de izquierda: la indubitabilidad de “la traición Frondizi” y la apertura de un nuevo espacio por donde canalizar las perspectivas críticas. En el primer aspecto, el mismo Risieri Frondizi decía asumir un nuevo rectorado “en momentos en que se vive una situación entremezclada de servilismo y traición”, y meses después expresaba su alarma por el grado en que “desciende el nivel de la moralidad pública”.¹¹² Desde la franja denunciadora el desencanto era naturalmente desgarrador: “Lo que debió haber sido el estímulo para un nuevo impulso [...] nos encuentra en cambio decepcionados, desengañados y próximos al abandono y al nihilismo. No es extraño: estamos carcomidos por la ineficacia y la abstracción de grupos que no se han encarnado nunca en la realidad [...] Sólo Frondizi podía traicionar ese fervor que él mismo suscitó y ayudó a preparar”.¹¹³

En los años 1955-58 la fisura entre los intelectuales de este sector y el Estado no había dejado de ampliarse al calor de la creciente pérdida de legitimidad de la Revolución Libertadora; la experiencia del gobierno frondicista reforzó la tradición “modernista” de la incontaminación del intelectual con el Príncipe. Se cerraba de esta manera aquel círculo que definía un estilo de intervención en la política que se vedaba la incidencia directa sobre el Estado, categorizado como un centro no reformable y con el que es preciso no comprometerse para no verse incluido en su “engranaje”, según el título de la obra de Sartre que podría emblematizar los temores de esta franja de intelectuales hacia el poder. Se ofrecerían a partir de ello condiciones aptas para el perfilamiento más nítido de una zona cultural segregada institucionalmente del poder político y autolegitimada ideológicamente en dicha marginalidad además por el hecho de que sus

¹¹¹ J. E. Nosiglia, *El desarrollismo*, *op. cit.*, p. 98.

¹¹² *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, oct.-dic. 1958, p. 680, y *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, enero-marzo 1959, Discurso de Risieri Frondizi, p. 112.

¹¹³ L. Rozitchner, “Un paso adelante, dos atrás”, en *Contorno*, núm. 9/10, pp. 2 y 3.

miembros no se solidarizan con el pasado liberal de sus antecesores pero tampoco se sienten parte de la cultura peronista. Entre la Institución y los Márgenes, entre la universidad y el autodidactismo, quedaba un espacio en el que se inscribirán futuras tensiones en la constitución de una nueva figura del intelectual.

Pero aquella grave frustración iluminó con una luz esperanzada también otra alternativa. ¿No se había alcanzado acaso en aquellas jornadas febriles un grado de combatividad y de conciencia poco antes impensado? ¿Y quién sino la juventud estudiantil había sido el eje de esa movilización laica del 19 de septiembre que rápidamente fue cuantificada como la mayor habida en la ciudad de Buenos Aires? El mismo gesto que había cerrado puertas a una esperanza abría de pronto el futuro a la utopía revolucionaria. Juventud y revolución irrumpían juntos como los nuevos actores sobre una escena que los hallaría entrelazados en demasiados casos literalmente hasta la muerte. El juvenilismo, el viejo tema romántico introducido en su hora en el ancho curso de la Reforma Universitaria, retornaba como objeto relevante del debate cultural. Era posible entusiasmarse con él: "La juventud íntegra que sale a la luz pública anuncia que nace una juventud nueva en la Argentina".¹¹⁴ Había surgido la "chispa"; era preciso, para incendiar la pradera, aproximarla al actor consecuentemente revolucionario que protagonizara la transformación que el frondicismo había entreabierto y luego traicionado. "Podemos alcanzar rápidamente una moraleja, que quiere ser válida para 1837 como para 1958: estos revolucionarios no pudieron serlo porque no se pusieron al servicio de la única fuerza de veras revolucionaria; divorciados del pueblo, su revolución no podía ser sino la de los grupos dominantes, que encuentra siempre y bien pronto sus límites".¹¹⁵

La emergencia de los nuevos objetos teóricos y de los nuevos actores, reales o imaginarios, tenía también su parte depositada en el proceso de modernización,

¹¹⁴ E. Giudici, "Una lección de historia", en *Cuadernos de cultura*, núm. 38, nov. 1958, p. 9.

¹¹⁵ T. Halperín Donghi, "El espejo de la historia", en *Contorno*, núm. 9/10, p. 81.

menos espectacular pero no menos profundo, en que había ingresado la Argentina. En el ámbito cultural, el levantamiento de las restricciones impuestas por el peronismo fue acompañado por una renovación también de las temáticas, y este nuevo clima de ideas formaba parte del más amplio que agitaba toda la cultura occidental una vez superadas las consecuencias más gravosas de la posguerra.¹¹⁶ Se gestaba entonces una de las rupturas civilizatorias más radicales de nuestro siglo, cuyos efectos estallarían a la luz del día pocos años más tarde. Tendencias igualitarias, pluralistas, contestatarias y que incluían una nueva cultura del cuerpo empezaban a cuestionar viejas fórmulas, y sus más módicas repercusiones en el campo nacional iban a chocar no obstante con la incapacidad de la élite cultural dominante para procesarlas adecuadamente. Y es que esta última reapareció prácticamente intacta luego del eclipse oficial de una década; lo hizo para ocupar lugares expectables dentro de las instituciones culturales, pero en un mundo que había cambiado más de lo que se atrevían a imaginar.

Las líneas de modernidad y tradicionalismo solían entrecruzarse, impidiendo identificarlas según un criterio de pertenencia a círculos culturales o políticos recortados. Así, mientras el liberal Murena observa desde *Sur* que si "la homosexualidad se pasea ahora por las calles y salones a cara descubierta", y entonces quienes acusan a Gide de pervertido se hallan estancados en un estadio de curanderismo moral, desde la misma revista la comunista María Rosa Oliver critica la censura aplicada contra un sector social o ideológico, pero tiene por buena la "ejercida con fines de profilaxis moral para la sociedad entera", juicio en el que se descubría más próxima del indisimulado disgusto por la homosexualidad manifes-

¹¹⁶ "[...] desde 1956 comienza a palpase un clima mental más de acuerdo con los nuevos tiempos" (E. Goldar, *Buenos Aires, vida cotidiana en la década del 50*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980, p. 16). Se operó "en casi todos los frentes una modernización de la sociedad argentina, observable en el tipo de consumo de la clase media, en la estructura antitradicional dada a las ideologías dominantes desde una universidad en plena expansión científica y en los medios de comunicación masivos" (J. C. Portantiero, "Economía y política en la crisis argentina, 1958-73", en *Zona abierta*, Madrid, núm. 14-15).

tado por el nacional-populista Hernández Arregui.¹¹⁷ Naturalmente, los vetos tradicionalistas también se pronunciaban desde el Estado, decidiendo por ejemplo el secuestro de *Lolita*, la novela de Nabokov editada por Sur y considerada inmoral por la Municipalidad de Buenos Aires, como lo había sido “La narración de la historia”, un cuento de Carlos Correas donde implacables censores hallaron pornográfica la descripción literaria de una relación homosexual, ordenando por ello el secuestro de lo que sería el último número de la revista *Centro* que lo había publicado.

En la misma universidad, con banderas anticientíficas se combatirá en nombre de las humanidades contra la renovación que introducían en los *curricula* la creación de las carreras de psicología y sociología. La conflictualidad entre estas nuevas disciplinas y la izquierda, empero, sólo crecerá a medida que se las identifique con una presunta penetración imperialista, pero al principio semejante sospecha parece haber estado ausente, si se tiene en cuenta la colaboración del CEFYL con una de las primeras experiencias en este terreno del héroe modernizador del rubro, el sociólogo Gino Germani.¹¹⁸

Obviamente, la oposición tradicionalista fue mayor dentro de los grupos nacionalistas próximos a la ideología más difundida de la Iglesia, defensores ideológicos de una comunidad integrada y orgánica a la que el proceso modernizador amenazaba convertir en una “sociedad” en la que los valores jerárquicos anteriores fueran sustituidos por la prioridad otorgada al mercado como criterio clasificatorio de los individuos. Vicente Sierra afirmaba en 1957 dentro de esa línea que “todo lo que no es tradición es plagio” y, después de todo, Hernández Arregui también creía que la incrustación nazi en el nacionalismo argentino no era enteramente negativa, puesto que por una de sus vertientes “se troquelaba con

¹¹⁷ H. A. Murena, “La erótica del espejo”, en *Sur*, núm. 256, enero-feb. 1959, pp. 19/20 y 23; *Sur*, núm. 260, sept.-oct. 1959, p. 58; J. J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura*, *op. cit.*, pp. 136 y 161.

¹¹⁸ Véase G. Germani, “Informe preliminar del Instituto de Sociología sobre la encuesta entre estudiantes universitarios”, en *Centro*, núm. 12, oct. 1956.

la mentalidad argentina como tradición histórica y, además, resistía al imperialismo británico”.¹¹⁹ Ni qué decir que esta ideología penetraba en cuadros de las fuerzas armadas, que hacia fines de esta década comienzan a adherir a la doctrina de la seguridad nacional, mientras desde diversos sectores se las visualiza ya como el último soporte de la nacionalidad...

Estas distancias abiertas en los estilos de vida y los proyectos de nación adquirieron un fuerte carácter excluyente, y la intervención argumental adoptó un tono literalmente polémico. Un estilo de diatriba, un discurso animado de la lógica “amigo-enemigo” ganó a buena parte de los debates, y a todas ellas, la vehemencia de quien se sabe poseedor de una verdad que los demás se niegan aviesamente a aceptar. La “subjetividad maloliente” como caracterización terrorista de las corrientes espiritualistas se sumó así a las metáforas zoológicas con que el estalinismo había colmado de insultos a los intelectuales con quienes no simpatizaba, y la referencia a Koetsler como un “lacayo que lucra con la podredumbre de la época” no era lamentablemente considerada impertinente. La polarización era al mismo tiempo avalada por la convicción creciente de que se estaba ingresando en una etapa de definiciones extremas: “Cuando la historia hace crisis, no cabe habilidad, ni realismo, ni sutilezas. O aquí o allá. Pues lo demás es juego de espejos y de perros husmeadores; sucio juego de brujas, mugre de amos, olor a miedo”.¹²⁰

Estos discursos sin ternura se pronunciaban desde espacios intelectuales diversos y en una coyuntura que movilizaba y modificaba las alternativas polares entre la profesionalización y el amateurismo de los intelectuales. Voceros del pueblo-nación autolegitimados por frasear la palabra de los proscritos, o de las esencias nacionales que sólo una élite percibe y defiende de los nuevos demonios de la disolución, o bien de unas liber-

¹¹⁹ Cit. por H. P. Agosti, *Nación y cultura*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, p. 119 (1a. ed. 1959). Véase también M. Etchecopar, *Esquema de la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Ene, 1956, *passim*, y J. J. Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, *op. cit.*, p. 245.

¹²⁰ I. Viñas, “Brujas en Argentina”, en *Centro*, núm. 13.

tades que la segunda tiranía humilló, o también de los ofendidos y explotados sintetizados en la figura del Bastardo o del Trabajador, o bien de una modernidad toda ella albergada en las potencias de la infraestructura y la ciencia: según estas alternativas para algunos intelectuales la Academia será el lugar al que retornan por una suerte de derecho propio luego del paréntesis peronista, mientras para otros resta el amateurismo como destino padecido con resentimiento o asumido con desafiante orgullo. Los liberales pudieron contarse entre los primeros, hasta que durante el frondicismo emergieron, primero imperceptiblemente, unos advenedizos que convocaban los presuntos saberes de la especialización. Se estructuró así en la universidad una situación donde “viejos demasiado viejos y jóvenes demasiado jóvenes trataban sin demasiado éxito de convivir pacíficamente, y algunos de los primeros, dominados por la nostalgia de un pasado irrevocable, terminaban por creer que las innovaciones introducidas por los segundos para acercar a la universidad argentina al modelo de algunas norteamericanas eran en efecto parte de un plan destinado a entregar toda la Argentina al comunismo internacional”.¹²¹ En la franja denunciante, por ejemplo, se observa el pasaje de una actitud de generación *beat* en clave nacional a otra basada en la posibilidad de decir la totalidad a partir de esa condición de marginalidad: “Somos una generación que refleja el marasmo, la frustración en la que hemos penetrado, pero al menos podemos reivindicar esto: estar queriendo asumir la totalidad de sentido que la realidad nos presenta”.¹²²

Este enfrentamiento de palabras estaba caracterizado paradójicamente por cierto descreimiento en la eficacia de las palabras y por una inclinación notoria hacia el culto de la práctica. Como para el Mathieu que cerra-

¹²¹ T. Halperín Donghi, *Argentina. La democracia de masas*, op. cit., p. 157.

¹²² *Contorno*, núm. 9/10, art. de L. Rozitchner. “En nuestro país se han enfrentado la barbarie y la decadencia. Los argentinos que aún no tienen conciencia —conciencia de sí mismos, por y para una clase, por y para una nación— y los que ya la han perdido. Las mayorías crédulas y las minorías cínicas. ¿Cuál era nuestro bando? Ninguno de los dos” (*Contorno*, núm. 7/8, art. de O. Troiani, p. 10).

ba la saga inconclusa de *Los caminos de la libertad*, la acción concreta se convertía en el modo de no confundir más las palabras con la realidad, y pasar “al otro lado” donde imperaban los actos macizos y las prácticas contundentes. Y es que si ni la intervención militar ni tampoco la astucia de los civiles triunfantes en 1958 habían podido o querido avanzar hacia la transformación y habían fracasado en el tratamiento de la cuestión peronista que seguía partiendo en dos al país, tanto las estrategias de presión sobre el Estado como el criticismo intelectual instalado de cara a la sociedad civil van a ir cediendo terreno a la emergencia del concepto de “revolución”. El “deseo 1793” de una ruptura violenta que inaugurara un comienzo absoluto en la sociedad argentina va a tener en las elaboraciones de los denunciante una representación nítida,¹²³ y la figura en ascenso del “revolucionario” ocupará las mismas coordenadas y luego entrará en colisión con la imagen del intelectual rebelde que había estado asociada a la moral del compromiso. Esta —como dijimos— había oficiado como mediación que permitía conjuntar una práctica intelectual profesionalizada con cierta modalidad de intervención en la política. Producido el desengaño frondicista, lo que contribuyó materialmente a cerrar el camino para que el desencanto no se tradujera masivamente en la figura del intelectual como “enemigo de la sociedad” fue la apertura de un proyecto de transformación revolucionaria ahora instalado en la geografía latinoamericana a partir de la revolución cubana. Si bien esta apertura de una etapa revolucionaria conectaba a la Argentina, no por imaginaria menos eficazmente, con las vastas luchas antimperialistas y anticolonialistas de la posguerra, no habría que exagerar la rapidez de la influencia que el ingreso de los guerrilleros en La Habana, en enero de 1959, tuvo sobre la izquierda argentina, dadas las características política e ideológicamente indefinidas del proceso cubano en sus inicios, y además porque este último y la experiencia peronista van a circular durante un tiempo por carriles paralelos. Así,

¹²³ Véase *Contorno*, núm. 7/8, p. 3, y “Examen de conciencia”, núm. 9/10, p. 29; *Centro*, núm. 14, Sebrelí, “Toribio Torres: un hombre argentino”, p. 168.

un titular del diario *La Nación* de esa época referido elogiosamente a Fidel Castro se revelaba inesperadamente nietzscheano: "Los héroes —decía— son alegres". Era más bien dentro de sectores progresistas no inclinados a una solución revolucionaria donde las simpatías hacia el castrismo eran más notorias, asimilando el derrocamiento de Batista al de otros dictadores latinoamericanos, como paso a una liberalización del proceso político.¹²⁴ Sólo la radicalización de los acontecimientos y de las posiciones cubanos van a ir definiendo en torno de este eje un nuevo campo de adhesiones y de oposiciones, ya en la década siguiente. Entre el "hay que empezar de nuevo" del año 1956 y el "en pocas semanas se ha completado un cuadro y clarificado un panorama" de fines de 1958,¹²⁵ habían circulado experiencias y discursos que, ante la emergencia de la revolución cubana, iban a engarzarse hasta producir una recomposición profunda en los años sesenta. También a soldarse, en un momento, con la carrera expansionista de los temas populistas: éstos habían nacido un día y sin embargo dentro de poco —como Dios— ya no se verán porque estarán en todas partes...

Los hilos de estos discursos tensos se desarrollaban en el marco de una gestión gubernamental errática, y acusada por los cazadores de brujas de un comunismo ideal al que el frondicismo respondía con medidas realmente anticomunistas. Durante el mismo año de 1958 en que Nixon realizaba su repudiada gira por Latinoamérica, la represión en la Argentina había ido *in crescendo* y alcanzó un pico en enero del año siguiente a raíz de la huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre, que Arturo Frondizi calificó de "huelga revolucionaria". Su aplastamiento fue seguido por el estallido de explosivos contra dependencias gubernamentales

¹²⁴ "[...] como universitarios latinoamericanos debemos sentirnos orgullosos de los obreros jóvenes cubanos que derramaron generosamente su sangre para que terminara un régimen de oprobio y pudiera iniciarse una era de paz y de trabajo en la tierra de Martí" (Discurso de Risieri Frondizi a principios de 1959, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, enero-marzo de 1959, p. 110).

¹²⁵ *Contorno*, núm. 7/8, p. 9, y *Cuadernos de cultura*, nov. 1958, E. Giudici, art. cit.

y firmas transnacionales. En marzo se decretó el Conintes; "la policía y el ejército —relata Potash— destrozaron oficinas peronistas y comunistas, y detuvieron a cientos de líderes gremiales". Un año después, José Luis Romero verificaba una vez más la paradoja argentina: país con abundantes recursos naturales, con población escasa y sin conflictos raciales, hacía tres decenios que seguía inmersa en una profunda crisis en la que un signo distintivo era la pérdida de "la posibilidad de coincidir".¹²⁶ De esta crisis, cada partido, corporación o facción extraerá sus propias consecuencias. Un dato que parece empeño unificar esas distintas lecturas es la creencia compartida por todos de que sobre cada uno de ellos reposaba la única posibilidad regeneradora o realmente transformadora del país. A las puertas de la década contestataria de los *sixties*, cada uno de ellos desplegaba sus alas como el Angelus Novus, y las sentía arrastradas por un viento implacable que rápidamente identificó con el curso mismo de la Historia, ese viento que los estrellaría un día contra desgracias entonces impensadas.

¹²⁶ J. L. Romero, "La crisis argentina. Realidad social y actitudes políticas", en *Política*, núm. 1, Caracas, sept. 1959, en J. L. Romero, *Las ideologías de la cultura nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, pp. 39 y 40.